TIPOS HUMANOS DEL CAMPO Y LA CIUDAD

Daniel Vidart

nuestra tierra 12

nuestra tierra 12

EDITORES:
DANIEL ALJANATI
MARIO BENEDETTO
HORACIO DE MARSILIO
ASESOR GENERAL:
Dr. RODOLFO V. TÁLICE
ASESOR EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS:
Prof. DANIEL VIDART
ASESOR EN CIENCIAS BIOLÓGICAS:
Dr. RODOLFO V. TÁLICE
ASESOR EN CIENCIAS ECONÓMICAS:
Dr. JOSÉ CLAUDIO WILLIMAN h.
ASESOR EN CIENCIAS GEOGRÁFICAS:
Prof. GERMÁN WETTSTEIN
ASESOR EN CIENCIAS SOCIALES Y POLÍTICAS:
Prof. MARIO SAMBARINO
SECRETARIO DE REDACCIÓN:
JULIO ROSSIELLO
SECRETARIO GRÁFICO:
HORACIO AÑÓN
DEPARTAMENTO DE FOTOGRAFÍA:
AMÍLCAR M. PERSICHETTI

LAS OPINIONES DE LOS AUTORES NO SON NECESARIAMENTE COMPARTIDAS POR LOS EDITORES Y LOS ASESORES.

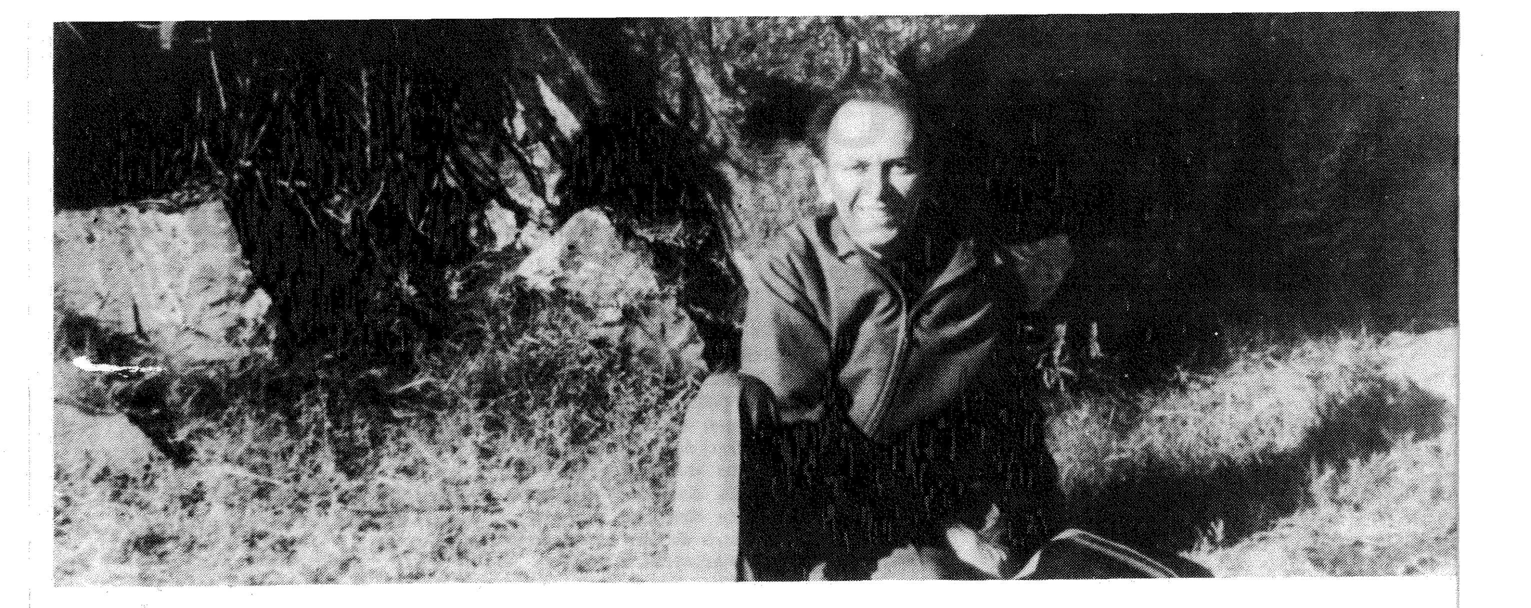
Distribuidor general: ALBE Soc. Com., Cerrito 566, esc. 2, tel. 8 56 92, Montevideo. **Distribuidor para el interior, quioscos y venta callejera:** Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Ciudadela 1424, tel. 8 51 55, Montevideo.

Las fotos que integran este volumen salvo indicación expresa, pertenecen al autor.

Foto de la carátula: Amílcar M. Persichetti.

TIPOS HUMANOS DEL CAMPO Y LA CIUDAD

Daniel Vidart



DANIEL VIDART nació en Paysandú en 1920. Hacia el año 1942 comienza a especializarse en Sociología Rural y más tarde emprende estudios sistemáticos de Antropología y Geografía Humana.
Su vocación por las Ciencias del Hombre lo incita a conocer intensamente el Uruguay, cuyos paisajes y tipos humanos ha descrito e interpretado, y a viajar por América, África, Europa y Asia para efectuar el análisis comparativo de sus civilizaciones. Desde 1962 dirige el Centro de Estudios Antropológicos Americanos, donde edita la revista AMERINDIA y los CUADERNOS ANTROPOLÓGICOS.
Es Miembro de Número del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay e integrante del Colegio de Expertos de la UNESCO para el Estudio de la Zona Árida.
Actualmente es profesor de Sociología en el Instituto de Profesores "Artigas" y de Antropología Cultural en la Universidad de la República.
Sus principales publicaciones sobre Ciencias del Hombre abarcan los siguientes títulos: **Esquema de una sociología rural uruguaya** (1949), **La vida rural uruguaya** (1955), **El caballo y su influencia en América indígena** (1958), **Sociedades marginales de América colonial** (1958), **Sociología Rural** (1960), **Sociedades campesinas del área rioplatense** (1960), **Regionalismo y universalismo de la cultura gallega** (1961), **Los pueblos prehistóricos del territorio uruguayo** —edición y comentarios del opúsculo de J. I. Muñoa— (1965), **Antropología e historia** (1965), **Caballos y jinetes** (1967), **El paisaje uruguayo** (1967), **El rancho uruguayo** (1967), **El tango y su mundo** (1967), **Payadores gauchos y literatura gauchesca** (1967), **Las tierras del sin fin** (1968), **El gaucho** (1968), **Poesía y campo. Del nativismo a la protesta** (1968), **Tango y literatura** (1968), **Ideología y realidad de América** (1968).
Ha escrito más de quinientos artículos y comentarios bibliográficos en revistas especializadas, periódicos y diarios del Uruguay y el extranjero.

NOCIONES METODOLOGICAS PRELIMINARES

ETIMOLOGIA Y SIGNIFICADOS DE LA VOZ "TIPO"

La clasificación y el estudio de los tipos humanos del Uruguay, tema que se abordará en este trabajo, requiere que previamente nos pongamos de acuerdo acerca de la etimología y significado —o significados— de la voz "tipo".

Tipo deriva del vocablo griego *typos* y quiere decir golpe; por extensión equivale a imagen, sello, marca, molde, impresión, figura. Tipo, por lo tanto, puede definirse como "molde o modelo que determina una serie de objetos derivados" (LALANDE, 1951: 1155). El tipo en ese sentido, engendra una colección de imágenes semejantes al modelo. La linotipo, por ejemplo, acuña en el metal fundido, cuerpos de letra que dejarán en el papel, una vez efectuada la impresión, caracteres idénticos al cuño inicial.

Otra definición, menos estricta, entiende por tipo un "modelo que permite producir un número indeterminado de individuos que se reconocen como pertenecientes a la misma especie. Los individuos en cuestión son ejemplos de un tipo y todos ellos tienen aire de familia" (FERRATER MORA, 1968, II: 796). Aquí empiezan las sutilezas de las distinciones lógicas. Cournot, citado por Lalande, dice que las cosas pueden ser de la misma especie sin que deriven de un tipo inicial; a su vez, distintas cosas pueden derivar de un mismo tipo sin ser necesariamente partícipes de una misma especie. Con el modelo del monumento al gaucho se puede acuñar una moneda, imprimir un sello, esculpir un bajo relieve, grabar un camafeo, bordar un tapiz, etc.

Los tipos de los ejemplos antes proporcionados son de naturaleza inanimada. Pero existen otras

variedades de tipos: tipos sociológicos, tipos psicológicos, tipos humanos, tipos estructurales —hojas lanceoladas, tejidos conjuntivos, insectos—, tipos matemáticos, etc.

A nosotros nos interesan, exclusivamente, los tipos humanos, y a ellos nos referiremos de inmediato.

Los tipos humanos pueden ser reales o ideales. Su construcción surge *a posteriori,* luego de efectuar una inferencia. Para construir un tipo se va de lo particular a lo general, de la casuística a la abstracción.

Algunos ejemplos servirán para comprender el proceso elaborativo de un tipo humano en las dos dimensiones indicadas.

En el caso de los tipos reales éstos pueden ser promediales o prototípicos.

El tipo promedial surge de una operación empírico-estadística. Sea el caso del tropero, clásica figura laboral del campo uruguayo. Troperos de ayer y de hoy, del sur y de la frontera, troperos con nombres propios y modalidades personales, homologados todos por una especial tarea, la de conducir y custodiar el ganado arreado a la invernada, a la Tablada o a la feria, van decantando a la larga una serie de caracteres concretos que permiten realizar un esquema, obtener un promedio.

El prototipo es el tipo concreto representativo por excelencia de una cualidad. El baqueano Cheveste es el prototipo de los baqueanos; Aparicio Saravia el prototipo de los caudillos rurales; Artigas, el prototipo de los caudillos nacionales. El tipo promedial posee una individualidad; el prototipo se encarna en una personalidad. Aquél es ahistórico y brota de una abstracción racional, éste es un ser concreto que concentra en sí todos los rasgos reales posibles.



Changador o espartillero urbano (Litografía de D'Hastrel).

En el lenguaje popular la voz "tipo", referida a un ser humano, sirve ya para designar a una personalidad singular ("es un tipo fenomenal"), ya para indicar a un individuo innominado ("había un tipo parado en la esquina"), ya para denigrar a un sujeto despreciable ("fulano es un tipo").

El tipo ideal o arquetipo no existe más que en la mente de quien lo elabora. Todos los rasgos de la realidad, concentrados y perfeccionados, se focalizan en un tipo cuyos caracteres han precisado los filósofos e historiadores de la cultura. Pensemos en el tipo de "político" idealmente construido. Para COMTE (1830-42, IV, lección L: 291) el tipo ideal exige, para ser válido arquetípicamente, un "justo grado de exageración (. . .) hasta el cual la realidad nunca podrá llegar". Para WEBER (1944, I: 18-19) es condición esencial que las abstracciones sociológicas fabriquen conceptos "relativamente vacíos frente a la realidad concreta de lo histórico". Estos tipos puros o ideales son "estructuras" que muestran en sí "la unidad más consecuente de una adecuación de sentido lo más plena posible" y se conducen como "un proceso físico calculado en el supuesto de un espacio absolutamente vacío". Para SPRANGER (1954: 131) las formas de vida —el hombre económico, el hombre estético, el hombre religioso, el hombre social, etc.— "no son fotografías de la vida real, sino que se basan en un método de aislamiento e idealización. Se engendran por tal manera *tipos ideales* de intemporal carácter que han de ser referidos como esquemas o estructuras normativas a los fenómenos de la realidad histórical y social".

El término tipo exhibe en su historia semántica múltiples variaciones. Los griegos, en particular los filósofos, lo usaron con distintos significados. Para Platón es una representación esquemática que resume la esencia de una cosa; para los estoicos significa la huella que el objeto imprime en el espíritu y hace así posible el conocimiento. Fueron los médicos griegos Galeno y Celio, en el siglo II de nuestra era, quienes emplearon la voz tipo en sentido semejante al actual para referirse a las formas típicas de las enfermedades. Con ellos la teoría se hace *praxis* y la construcción abstracta de modelos da paso a la técnica profesional.

CRITERIOS CLASIFICATORIOS PARA ESTABLECER TIPOLOGIAS HUMANAS

Recién a fines del siglo pasado la voz tipología se aplicó específicamente al estudio científico de los diferentes tipos humanos activos en el campo de las ciencias y las artes. M. Wechniakoff fue el propulsor de esta disciplina y la utilizó para analizar los distintos tipos antropológicos (WECHNIAKOFF, 1897).

Esto no significa que anteriormente no se hubieran establecido, y a veces con brillantez, distintos tipos caracterológicos o espirituales. En Teofrasto (373-287 a.J.C.) ya aparece la preocupación por describir los defectos humanos. Su famosa obra *Los Caracteres* nos presenta, en treinta y una semblanzas, escueta y científicamente (de acuerdo con la ciencia de la época) pergeñadas, las actitudes típicas del avaro, del hablador, del cobarde, del agresivo, del desconfiado, etc. Mucho más tarde el francés La Bruyère (1645-1696) escribe una obra homónima de la de Teofrasto para pintar las costumbres del siglo XVII, pero ya no se trata de una "caracterología" sino de un enjuiciamiento de los valores prevalentes en la sociedad cortesana de Francia. El italiano Castiglione (*El cortesano,* 1528) define los rasgos ideales del caballero domesticado por la vida de la



Familia rural uruguaya. Fotografía de fines del siglo XIX. (Museo Histórico Nacional).

corte y el español Gracián (*El héroe, El discreto, El político*) comienza a pintar en 1630 un vasto y barroco friso de personalidades ideales, de arquetipos dignos de ser imitados por sus contemporáneos.

La tipología, empero, todavía está en pañales. Y cuando surja, en las primeras décadas del siglo XX, lo hará bajo el signo de la ambigüedad. En efecto, el establecimiento de los tipos "depende únicamente del fin perseguido y de las preferencias doctrinales; cuando se cambia el principio una clasificación es sustituida por otra. Es lo que ha hecho decir que las especies fueron imaginadas para la comodidad de los sabios y que en la realidad no existen más que individuos" (SCHREIDER, 1950: 12). Las clasificaciones tipológicas del *homo sapiens* reconocen, pese a su abundancia, algunas líneas fundamentales. Éstas, en definitiva, son dos: la somática y la psíquica. Ambas, a su vez, responden a determinantes económicos, sociales y culturales cuya importancia no puede jamás soslayarse.

Las tipologías somáticas agrupan a los hombres desde el punto de vista físico: la figura corporal, la raza, el sexo, la edad. Hay así negros, amarillos y blancos; niños, jóvenes, adultos y viejos; hombres y mujeres; y dentro de los criterios escogidos para clasificar la figura corporal se distinguen los tipos circulatorio-respiratorio, digestivo, neuro-cerebral, locomotor-muscular (Rostan, 1826); macroesquélico, mesatiesquélico, braquiesquélico (Manouvrier, 1902); leptosómico, somatosómico, picnosómico (Sheldon y Tuckner, 1940), etc.

Las tipologías psíquicas son también abundantes y fijan su atención en las modalidades de la afectividad, la inteligencia, las formas del pensamiento, etc. Se distinguen de este modo tipos objetivos y subjetivos (Binet, 1896); extravertidos e introvertidos (Jung, 1913); eróticos y narcisistas (Freud, 1920); sádicos y masoquistas (Apfelbach, 1924), etc.

Las más ambiciosas y riesgosas clasificaciones pretenden edificar las tipologías basándose en correspondencias somatopsíquicas. Algunos autores consideran que son las tipologías por excelencia. En tal sentido la tipología se convierte en la "ciencia de los tipos humanos considerados desde el punto de vista de su conformación física, pero en correlación con el psiquismo" (FOULQUIÉ, 1967: 1028). Si se toman en cuenta las tipologías más recibidas, o biotipologías como también se les llama (Kretschmer, Jaensch, Pende), hay en ellas "cierto acuerdo para individualizar un tipo delgado, esbelto y sensitivo (*asténico, cerebral, ectomorfo, cerebrotónico*), un tipo grueso, ventrudo y amante de los placeres gastronómicos (*pícnico, abdominal* o *digestivo, endomorfo, viscerotónico*) y un tipo ancho, robusto y con voluntad (*atlético, muscular, mesomorfo, somatotónico*). Los tipos así definidos constituyen límites de variación dirigida, partiendo de los tipos intermedios, más comunes, que a veces se llaman *normotipos*" (PIERON, 1964: 428-29).

Nuestro trabajo ha cumplido con una necesidad informativa al ofrecer una breve enumeración previa de las tipologías concebidas desde los puntos de vista somático, psíquico o somatopsíquico, cuyas actuales tendencias están representadas por las "caracterologías" al estilo de las de LE SENNE, 1945. Pero ya nos reclama, perentoriamente, el tema de la tipología humana nacional.



Estanciero. Litografía de D'Hastrel (1839).

TIPOS HUMANOS DE LA SOCIEDAD URUGUAYA

LOS TIPOS SOCIOCULTURALES

El criterio que preside la tipología analizada en este estudio está prefigurado por el título del volumen. Vamos a ocuparnos de los tipos humanos del campo y la ciudad: el peón de estancia, el canillita, el contrabandista, el chacarero, la recadora, el tropero, el gaucho, el compadre, el cazador furtivo, el carbonero, el afilador, el bolichero, el baqueano, el bichicome, el curandero, el ciruja, el boyero, y tantos más que clasificaremos en su momento. Estos tipos existieron o existen, tienen vigencia histórica y localización geográfica, poseen un repertorio de costumbres, ocupan un lugar en la estratificación social; son exponentes, en definitiva, de una cultura o, como es más correcto decir, de las subculturas que parcelan una cultura nacional. Se trata, por lo tanto, de tipos visibles, con peculiares aspectos en su modo de vestir, hablar o actuar. Responden a los dictados de una economía, actúan socialmente, poseen particulares concepciones de la vida. Y todo ello se refleja en una especial conducta, en un psiquismo característico.

En cuanto a su construcción, son de naturaleza empírico-estadística. No es posible erigir al Gaucho Florido en paradigma de los gauchos o a Martín Aquino en el príncipe de los matreros. Esto no impide que busquemos a veces las dimensiones ideales de un arquetipo o señalemos las cualidades históricas de un prototipo. Y aun cabe la anécdota del caso concreto. Claro que lo general y abstracto debe privar sobre lo particular e individualizado: a la ciencia no le interesan los hechos aislados sino las uniformidades.

Las ciencias sociales, en particular la sociología y la antropología cultural, nos servirán como guías conceptuales y metodológicas. Pero no se desechará el testimonio de los viajeros, la memoria de los cronistas, el don de observación de los periodistas, las recreaciones literarias de los novelistas, narradores, dramaturgos y poetas. Los esquemas científicos deben decantar las vivencias de lo cotidiano. Y así surgirá la rumorosa, colorida y por momentos desamparada colmena de nuestro "color local", que siempre es el color de la pobreza, el trasunto de la cultura de los humildes, la estrategia para estibarse en las bodegas de la pirámide clasista. Los tipos populares son pintorescos exteriormente y dramáticos en su esencia. La visión tradicional exalta con frases entusiastas y patrióticas la autenticidad con que encarnan lo "nuestro", pero esquiva cuidadosamente ahondar en las carencias del subconsumo, en las degradaciones de la ignorancia. Desde ya prevenimos que éste no es un inventario de viejas o nuevas felicidades folklóricas, sino un análisis de las causas y efectos de la cultura de la pobreza y su refracción en la tipología humana nacional. En tal sentido configura un ejercicio de desencanto, una denuncia que las ciencias sociales, por el propio hecho de serlo, no pueden silenciar.

LAS TRES DIMENSIONES DE LA CULTURA

¿A qué criterios recurrir para ordenar el abigarrado friso de hombres y mujeres que desde el pasado al presente llenaron con sus cuerpos y mentalidades, con sus trabajos y sus recreos, con sus papeles y posiciones sociales, el marco de un territorio y los resquicios de una nacionalidad?

Los caminos a escoger son múltiples. No existe un cartabón lógico que permita agrupar a los tipos humanos dentro de un compendio clasificatorio con validez absoluta. Pero la tarea nuestra se encuadra en el marco de referencia de la antropología y esta ciencia, en particular la antropología cultural, posee respuestas metodológicas para contestar la anterior pregunta.

En efecto. Los tipos humanos que se estudiarán en este volumen serán analizados desde el punto de vista cultural. La cultura no es un privilegio de unos pocos, sino el patrimonio de toda sociedad. Hay seres cultivados y seres ignorantes, alfabetos, analfabetos y prealfabetos (los que no poseen escritura), hay individuos arcaicos y supercivilizados, hay campesinos y ciudadanos, universitarios y lustrabotas: pero todos estos hombres son cultos en sentido antropológico. Resulta, por lo tanto, ridículamente aristocratizante hablar de "música culta", por ejemplo, o decir que el peón de estancia es un individuo "inculto". La pretendida música culta es música académica y el despreciado peón de estancia realiza tareas y sabe cosas que ni el más exquisito humanista podrá efectuar o conocer desde la ciudad pues su cultura, de cuño urbano, es distinta de la del peón pecuario, que es de cuño rural.

Se han efectuado múltiples definiciones de la cultura, cuyo concepto es "la más importante contribución particular de la Antropología al pensamiento moderno" (HOEBEL, 1961:20). Hay autores que la definen muy brevemente: HERSCOVITS, 1952, dice que es "la parte del ambiente hecha por el hombre". Más amplia y explícita es la definición de HOEBEL, 1961: 20: "La cultura es la suma total de las normas de conducta aprendidas e integradas, características de los miembros de una sociedad y que, por tanto, no son el resultado de la herencia biológica. La cultura no está predeterminada genéticamente, sino que su totalidad es el resultado de la invención social. Sólo se trasmite y conserva a través del aprendizaje. La cultura queda al margen de lo instintivo." Una definición técnica y flexible a un tiempo es la de KLUKHOHON y

KELLY (1945: 98): la cultura "es un sistema, históricamente derivado, de modelos de vida explícitos e implícitos, que tiende a ser compartido por todos o por ciertos miembros de una sociedad".

La cultura, de naturaleza mental, se objetiviza en obras materiales —paisajes, vestidos, herramientas, etc.— o se encarna en normas, valores, símbolos —el saludo, el respeto a la bandera, el prestigio de la riqueza en los países capitalistas, etc.—. Por eso se habla comúnmente de cultura espiritual y cultura material, de metefactos y artefactos, aunque la cultura sea una entidad unívoca.

La cultura no es una entelequia. Se encarna en portadores individuales aunque sea supraindividual, coercitiva y externa al individuo. Si queremos clasificar los tipos humanos del Uruguay tomando como base su cultura hallaremos en primer lugar que hay *universalidades* compartidas por todos ellos: la más representativa es el idioma español, que —si bien está teñido de italianismos en Montevideo y plagado de lusitanismos en la frontera con Brasil— sirve de vehículo expresivo a todos los habitantes del país. Luego vienen las *especialidades*. La división del trabajo social impone la existencia de ganaderos y agricultores, herreros y carpinteros, médicos y obreros de la industria. Los tipos humanos del área ganadera se especializan en tareas distintas a las de los tipos urbanos: un esquilador es disímil de un feriante, un chacarero de un canillita. Finalmente se hallan las *alternativas*. Hubo, hay en el campo oficios tradicionales relacionados con los diversos medios de transporte: el tropero, el carrero, el carretero, el mayoral de diligencias, el cuarteador, el chasque. Algunos han cedido paso a la civilización; otros subsisten. Existen alternativas cuando una actividad de la cultura material se ejerce por distintos tipos de portadores según los vehículos utilizados.

Los tipos humanos uruguayos, definidos por su participación parcial o total en la cultura o subculturas comarcales, deben ser clasificados teniendo en cuenta lo que ERASMUS (1953: 3) denominó las "dimensiones de la cultura". Dichas dimensiones son tres: la social, la espacial y la temporal.

LA DIMENSION SOCIAL

Los tipos humanos que luego estudiaremos están inscritos en un grupo social determinado que, a su vez, forma parte de una sociedad global. Toda cultura supone una sociedad, del mismo modo que no hay sociedad (humana, claro está, ya que también se habla de sociedades animales) sin cultura. Ambas son como el anverso y reverso de una moneda. "Una cultura es el modo de vida de un pueblo, en tanto que una sociedad es el agregado organizado de individuos que siguen un mismo modo de vida" (HERSCOVITS, 1952: 2). Una sociedad es un sistema en operación de roles (papeles, sería más correcto decir) determinados por la estratificación social que surge de las relaciones de los grupos con el modo de producción, la organización del trabajo y las formas de ganar y disponer las riquezas. Las sociedades poseen estructuras y funciones; son dinámicas, esto es sujetas a cambios lentos o revolucionarios; están concentradas en territorios dados y se perpetúan a lo largo del tiempo, hecho del cual, en mayor o menor grado, tienen conciencia sus componentes singulares (conciencia histórica).

La dimensión social proyectada en la tipología humana uruguaya adscribe cada uno de los tipos a una clase —casi siempre la popular—, los constela de acuerdo con los procesos sociales —dominación, conflicto, competencia, explotación, asimilación, imitación, etc.— y los relaciona positiva o negativamente con el disfrute de los recursos económicos.



La permanencia de la vida ecuestre, en un paisaje sin tiempo.

Los tipos humanos revelan una cultura e ideología peculiares determinadas por la estratificación social. No son aerolitos caídos de un cielo caleidoscópico para gozo de los literatos o deleite de los pintores que han escogido a los harapientos del cuerpo y los del alma para encarnar las tipicidades del pueblo: recordemos los mendigos de Bruegel o Murillo, los personajes de Víctor Hugo o Florencio Sánchez.

Vamos a dar un ejemplo claro de la dimensión social de la cultura. La subcultura de los uruguayos dedicados a la ganadería es compartida, en muchos rasgos y pautas, por los estancieros y los peones de estancia, por los propietarios de las tierras y ganados y sus braceros asalariados. No obstante esta aparente coparticipación en una modalidad cultural, la del área paisana, hay una fosa profunda entre la cultura de la abundancia y la cultura de la pobreza provocada por la estratificación social y el factor económico que los ideólogos del *statu quo* quieren zanjar como algo odioso e inoportuno. El rancho, por ejemplo, trasunto material de la cultura de la pobreza, es celebrado como una vivienda idílica. Pero la rea-



Mujer de campaña, hacia 1840. Litografía de D'Hastrel.

lidad del rancho es la tecnología miserable, la suciedad, los malos olores, la promiscuidad de la familia, el trabajo mal remunerado y el hambre siempre diligente. Sin embargo, mencionar estos aspectos es, para muchos espíritus ruralistas, politizar el tema, convertir a lo inocuamente "tradicional" en un manifiesto de las "clases peligrosas".

LA DIMENSION TEMPORAL

Los tipos humanos tienen vigencia histórica: nacen, culminan, decaen, mueren. Algunos ya están extinguidos para siempre: el gaucho, el matrero, el mayoral, el baqueano, el rastreador, el farolero, el aguatero, el paragüero. Otros se han transformado con el tiempo: el changador de antaño se ha convertido en el actual "siete oficios", el payador rural en el payador radiofónico, el mercachifle nomádico en el comerciante sedentario. Es que la cultura no es un cuerpo estático: siempre está en proceso de cambio, siempre se transforma. Los usos y costumbres se suceden con ritmo pausado o vertiginoso: en determinados sectores del campo uruguayo todavía sobrevive el repertorio material y mental del siglo XIX mientras en Montevideo nos desvela el advenimiento del ya cercano siglo XXI. Los carboneros de los bosques fluviales padecen una subcultura casi prehistórica; los *play boys* de Punta del Este apuran hasta el hastío los placeres de la modernidad tecnificada, sofisticada y opulenta. Esto revela la coetaneidad espacial de dos épocas, dos distintos *tempos* socioculturales en una sola área geográfica.

En la ordenación de los tipos humanos habrá, pues, que tener en cuenta el factor histórico. El tiempo social, estudiado por GURVITCH (1963, II, 325-430), que incide en la dinámica de los grupos y de las sociedades globales, ordena en la sucesión cronológica o enfrenta en el hiato cultural de dos tipos coetáneos pero no contemporáneos toda una problemática que aparecerá en el tratamiento de algunos tipos humanos analizados en este estudio.

LA DIMENSION ESPACIAL

Los tipos humanos, en su calidad de portadores de una subcultura determinada, se distri-



Una escena típica del área paisana contemporánea.

buyen en el espacio concreto de la geografía. El contrabandista de la frontera, con sus cargueros y sus "comparsas", representa una variedad espacial peculiar. Hay también contrabandistas fluviales, asentados en las orillas del río Uruguay. Y los hay en el Río de la Plata. Y todavía está la especie de los que utilizan los transportes aéreos. Pero el factor geográfico no solamente permite ubicar los distintos tipos humanos uruguayos en un mapa. El comarcalismo se manifiesta, además, imponiendo géneros de vida. Cuando las sociedades humanas no se han emancipado por medio de una adecuada tecnología de los mandatos de la naturaleza, el determinismo geográfico gravita de manera decisiva. Los isleños padecen los peligros de las crecientes, los pescadores están aislados del mundo por un ancho y estéril cordón de dunas que llega a veces a las proporciones de desierto costanero, los habitantes de las *aripucas* en las arroceras o de los *benditos* en las carbonerías sufren los altibajos del clima y el impacto de una absoluta orfandad de dispositivos materiales.

La geografía, por lo tanto, impone géneros de vida que podrán ser eludidos recién con la mecanización de las tareas rurales: cuando el Viejo Pancho lamenta que los patrones van en automóvil a los rodeos en vez de hacerlo a caballo señala melancólicamente el avance del progreso civilizador que avasalla las tradiciones terruñeras.

El espacio incide también de otra manera en la génesis y caracterología de los tipos. El espacio del chacarero es el antropológico, común a todo hombre apeado. No puede ir más allá de su solar mezquino; el horizonte es una valla; la ciudad una entidad lejana, casi fabulosa. Cientos de chacareros de rinconadas canelonenses, hasta hace pocos años sólo visitaban el pueblo cuando alguna solemne ocasión religiosa lo exigía. En cambio, el espacio del paisano era y es el ecuestre. El caballo siempre fue el vehículo zoológico de la penillanura. El hombre que lo guía se asoma al horizonte y lo desborda. Los pagos son hilvanados por el trote o galope de la cabalgadura. En la época de las guerras civiles los ejércitos o las guerrillas montadas recorrían todo el país, y el hombre ecuestre se convertía en un baqueano de lugares y picadas, conocía visceralmente las entrañas geográficas del territorio.

Queda todavía la consideración de un tercer espacio: el social. Ya lo aludimos al tratar de la

dimensión social y referirnos a la estratificación. Un *bichicome* y el hijo de un banquero montevideanos comparten el mismo espacio físico: uno está tomando sol en la rambla, con su aureola de olor y moscas, y el otro se halla jugando al golf, a pocos pasos, en los *links* finamente engramillados. El espacio social que los separa es a tal punto enorme que el habitante del rancherío ganadero, el *roto* chileno o el *pelado* mejicano están, pese a su distancia geográfica, más cerca del *bichicome* que el señorito ocioso que aporrea y persigue, pero sin apurarse mucho, una dura pelotita.

EN BUSCA DE UNA CLASIFICACION

Pueden intentarse múltiples clasificaciones de los tipos humanos del Uruguay. Una de las posibles surge nítidamente del manejo de las tres dimensiones de la cultura anteriormente señalada: hay tipos sociales, tipos históricamente escalonados y tipos distribuidos en el espacio geográfico. Un tipo social (o económico-social si se quiere una mayor precisión) es el "siete oficios" tan bien estudiado por MOROSOLI, 1962. El sub-empleo crónico del medio rural obliga a los marginales económicos a un continuo rotar de tareas, a una indefinida sucesión de "changas". Tipos históricos son el gauderio, antepasado del gaucho, en el área rural, y el pintoresco cochero del *tranguay,* difusor del tango a lo largo de la ruta traqueteada por los caballos, en el área urbana. Un tipo geográficamente condicionado es el cañero de Artigas, quien no sólo representa una nueva modalidad agrícola subtropical sino también un estilo de lucha por la tierra, una mentalidad revolucionaria.

En cuanto a la caracterización polivalente de los tipos hay tipos carismáticos (el caudillo), folklóricos (la rezadora, el yuyero), delictivos (el "gaucho malo", el tahúr, el punguista), civilizadores (el maestro rural, el médico de campaña), laborales (el esquilador, el deschalador, el trenzador de tientos, el escobero, el botellero y ropavejero ambulante, etc.).

Por otra parte, como se comprenderá, no es posible pergeñar una clasificación total, con todos los tipos humanos uruguayos del pasado y del presente, de la ciudad y del campo. Dicho inventario se convertiría en un mero y fastidioso catálogo.

El procedimiento que hemos escogido presenta algunas ventajas sobre los otros, pues se refiere a tipos humanos permanentes, cuya tipicidad es vitalmente plenaria. El murguista es un tipo carnavalesco, o sea ocasional. Un año puede actuar en un conjunto y el siguiente no. El canillita, en cambio, vive de la venta de diarios; el oficio ha inscrito muy profundamente en sus actitudes sociales, en su habla popular, en su actitud general ante la vida, una impronta indeleble, que lo determina integralmente.

Nuestra clasificación se ordena de acuerdo con el reconocimiento de cinco grandes grupos de tipos humanos: los paisanos, los campesinos, los ciudadanos, los orilleros y los marginales. Los paisanos y los campesinos habitan en el campo, pero el campo pecuario es muy distinto, económica, sociológica y antropológicamente, del campo agrario. Los ciudadanos —entre los que se puede, con reparos, incorporar a los pueblerinos, pues el pueblo del interior es un remedo administrativo y social de la gran urbe— se individualizan en razón de su *habitat,* netamente definido. Los orilleros son los tipos representativos de una zona ecológica donde el campo y la ciudad se fusionan para formar los suburbios. Finalmente están los marginales geográficos —hay también marginalidad económica, social o estructural, como se verá luego— representados esencialmente por los pescadores de la costa atlántica.

LOS TIPOS PAISANOS

Un país, geográfica y no políticamente considerado, es una constelación de paisajes y los paisajes están humanizados por el trabajo de los paisanos, que son sus habitantes y constructores a un tiempo (VIDART, 1960, I: 524-548).

La raíz etimológica de esta familia de palabras se halla en la voz latina *pagus.* El *pagus,* o sea el pago es un lugar poblado de tierra adentro, esto es, una aldea, un pueblito, un distrito. Los paganos eran en la antigua Italia los hombres de los pagos. Cuando la ciudad de Roma se convirtió al cristianismo los paganos, conservadores, tradicionalistas, permanecieron fieles a las viejas divinidades del politeísmo. Hoy se conserva la connotación religiosa del término, que se aplicó a todos los no cristianos del orbe, y se ha desfuncionalizado la ecológica.

Pero volvamos al paisano. En el Viejo Mundo el paisano es el hombre del país, en el sentido restringido del *pays* francés, equivalente a la comarca española. En el Río de la Plata y particularmente en la Banda Oriental la voz paisano designaba al hombre de tierra adentro dedicado a la ganadería. Se puede ampliar este significado denominando así a todo hombre rural, pero por razones metodológicas preferiremos el viejo *denotatum* del término. El paisano no debe ser confundido con el gaucho. El paisano vive en la hacienda, desempeña labores fijas. Claro que la latitud del calificativo es inmensa: bajo su sombra caben los asalariados y los patrones, los peones y los estancieros. De cualquier modo el paisano tiene trabajo permanente y vive en el casco de una estancia. No es un ganadero nomádico sino el agente de una ganadería estante (de aquí el nombre de estancia) integrada por el ganado mayor —complementado o sustituido por el menor, según los casos— que disfruta todo el año de un tapiz gramíneo propiciado por el clima templado y húmedo del área platense.

El paisano es conocido en el siglo XVIII, según lo consigna Azara, con el nombre de *campestre*. Dicho campestre coincide con la figura del peón rural temporario pues "cuando se les da la gana se van sin el menor motivo, porque no se les nota afición a sitio ni amo ni hacen más que su antojo presente". Naturalmente que Azara mira las cosas desde el ángulo patronal, que pide mucha devoción y concede poca paga. También los otros rasgos caracterológicos que otorga al paisano o campestre del siglo XVIII son poco favorables, por lo menos para la mentalidad europea del sabio español: "No teniendo otra instrucción que la de montar a caballo y como se ocupan desde la infancia en degollar reses, no ponen reparos en hacer lo mismo con los hombres y esto con frialdad y sin enfadarse. . .". Azara no insiste en el complejo cultural del caballo, tan decisivo en la construcción de una mentalidad colectiva, y desmesura la propensión a la pelea y al juego. Reconoce, sí, su cualidad hospitalaria, común a todos los hombres de oasis, sea éste vegetal, sea humano (en última instancia oasis, que viene del egipcio *uasoi,* techo, significa humanidad, sociabilidad en medio del desierto de arenas o de hierbas). Al respecto expresa: "Son hospitalarios y al pasajero le dan comida y posada, aun sin preguntarle de dónde viene y dónde va."

Los gauchos son otra cosa que los campestres o paisanos: "Además de los dichos hay por aquellos campos otra casta de gente, llamada más propiamente gauchos o gauderios. Todos son, por lo común, escapados de las cárceles del país y del Brasil o de los que por sus atrocidades huyen a los desiertos. Su desnudez, su barba larga, su cabello nunca peinado y la oscuridad y porquería de su semblante, los hacen espantosos a la vista. Por ningún motivo ni interés quieren servir a nadie y sobre ser ladrones roban también mujeres" (AZARA, 1847, I: 305). Este implacable prontuario policial, hijo del desprecio que los marginales económico-sociales inspiran a un peninsular disciplinado y disciplinador, ha caído como un sambenito sobre la cabeza de todos los gauchos vilipendiados por CONI, 1945.

Un autor uruguayo especializado en temas rurales, muy buen conocedor de Azara y Coni, resume las diferencias caracterológicas entre el gaucho y el paisano con estas palabras: "Por eso hemos dicho antes que el paisano y el gaucho poco tienen que ver entre sí; y no fue el gaucho, por cierto, salvo contadísimas excepciones, quien luchó por liberar esta tierra, sino el criollo de origen español y también los indios de origen misionero, esos infelices paisanos como genéricamente los llamaba siempre Artigas, en cuya correspondencia jamás se menciona al gaucho, a quien ya es tiempo de reducir a su verdadera estatura histórica y social" (CAMPAL, 1967: 53).

Quedamos, pues, en que el paisano es el hombre del área ganadera. Este hombre abstracto tiene declinaciones tipológicas concretas: las que imponen las jerarquías sociales, las especializaciones laborales, las variedades folklóricas, las actitudes insurgentes, el desclasamiento socioeconómico, etc.

Entre los paisanos, considerados en sentido amplio, caben también los gauchos y los gauderios. Y en atropellado montón se definen los peones de estancia, los changadores y zafreros, los domadores, troperos, carreros, trenzadores de guascas, cantores y payadores, bolicheros, comisarios y milicos, mercachifles y contrabandistas, matreros y curas rurales, curanderos y tahúres, carperas y quinchadores, montaraces y ñanduceros, baqueanos y rastreadores, chasques y carreros, cazadores furtivos —garceros, loberos, nutrieros, carpincheros, bicheros— y alambradores, etc.



Un caudillo de 1897 rodeado por su "estado mayor".

Todos estos tipos se encuadran en parámetros comunes. Pertenecen al área de la ganadería; exhiben en su personalidad básica la influencia del complejo cultural del caballo, cuyos caracteres han sido analizados en otros estudios (VIDART, 1967). Padecen unánimemente las desventajas del subdesarrollo consustancial a una existencia que linda con la barbarie: tecnología pobrísima, analfabetismo, vivienda sumaria, alimentación escasa, aislamiento espacial, explotación económica por los terratenientes, desconocimiento de las ventajas del gremialismo.

Hemos escogido una serie de tipos, entre los muchos que caben en este sector, para ejemplificar el repertorio de la humanidad paisana: 1) los tipos humanos de la estancia; 2) los tipos humanos del camino; 3) los desclasados, los buscavidas, los refugiados.

TIPOS HUMANOS DE LA ESTANCIA

EL CAUDILLO

El caudillo rural es un tipo carismático, como algunos autores gustan decir, aunque sociológicamente configura una forma clara de dominio que de lo económico trasciende a lo social y, en tiempos de guerra, a lo militar.

El caudillismo oriental tiene antecedentes en el caudillismo ibérico forjado durante la recon-

quista y ejercitado en la empresa colonial de América. En la Banda Oriental los señores de la tierra, durante el período inicial del coloniaje, no se limitan a explotar sus haciendas en las estancias de dimensiones planetarias. "Los grandes hacendados son generalmente quienes llenan los cargos de *comisionados de partido* que se hallan a la cabeza de las 16 circunscripciones locales de la campaña. Reuniendo en sí funciones judiciales y de policía son la autoridad encargada de hacer efectivas las aprehensiones, de velar por el orden público, perseguir a los delincuentes y —función desmesurada en la época— la de prestar fuerza armada a los lanzamientos, desalojos y demás resoluciones judiciales y administrativas sobre propiedad de la tierra" (RODRÍGUEZ, 1968: 3).

Hay una especie de jerarquía feudal entre estos caudillos. Existen caudillos lugareños, caudillos comarcales, caudillos regionales, caudillos nacionales. De acuerdo con esta gradación surgen las jerarquías militares de capitanes, coroneles y generales en la montonera de la patria o en la guerra civil. El caudillo es un heraldo de la autonomía de los pagos frente al poder centralista de Montevideo; su raigambre terrígena, su ascendiente moral —superestructura de un efectivo poder económico—, su gesto autoritario, su conocimiento de las tareas rurales, su obligación de hacer punta en la jefatura de las peonadas en la yerra o en la patriada, todos estos rasgos de mando responsable y materialización del poder lo convierten en el conductor de las ignorantes y devotas mesnadas campesinas. En su estancia el caudillo es legislador, juez y sacerdote. Dispensa consejos, castiga a los esclavos, ejemplariza a los renuentes a su autoridad, fecunda las chinas de diez leguas a la redonda, dice la última palabra y emprende la primera acción. La sociología del caudillismo, que esbozáramos en un libro envejecido en muchos de sus planteamientos (VIDART, 1955: 129-134) está todavía por escribirse. Despreciado por los doctores urbanos como un factor de anarquía, aplaudido por los defensores del autonomismo como un celoso guardián de los intereses y aspiraciones larvarias de los paisanos analfabetos, el caudillo se eleva a veces a dimensión nacional —Artigas, Rivera, Flores—, domina en el campo y la ciudad, impone al país entero su visión del mundo y su política.

El funcionalismo histórico de este producto eminentemente rural se embota en la realidad contemporánea. Al caudillo levantisco de otrora lo sucede el acarreador comarcal de votos para los políticos urbanos. Estamos ante el "simulador de la legalidad, el mandón materialista y astuto atrincherado en el fraude, la intriga menuda, la corrupción y el falseamiento de la ley" (ARRAYA-GARAY, 1925: 145-147). Del caudillo rural jefe y patriarca, hacendado y comandante, nada queda ya.

EL PEON "PA'TODO"

Como contrafigura del estanciero de relumbrón, dueño de la tierra, los ganados y las voluntades de los que se constelan en su contorno —allegados, agregados, puesteros, forasteros de paso por el pago—, se halla el peón de estancia. Él es el cotidiano ejecutor del trabajo pecuario. Se levanta con las barras del día y se acuesta con el advenimiento del lucero. Vive a caballo y duerme sobre el recado o en camastros roñosos, en la húmeda lobreguez de los galpones. Come asados chamuscados y hervidos grasientos; matea interminablemente durante sus vacíos ocios domingueros —si es que se descansa en domingo—; viste con pobreza ostensible; se conforma con el primer peldaño a partir del nivel zoológico. A cambio de su penuria y su destajo tiene acceso a la carne del fogón



El "pión pa'todo" junto a una cachimba, en una de las tantas tareas de su agobio cotidiano.

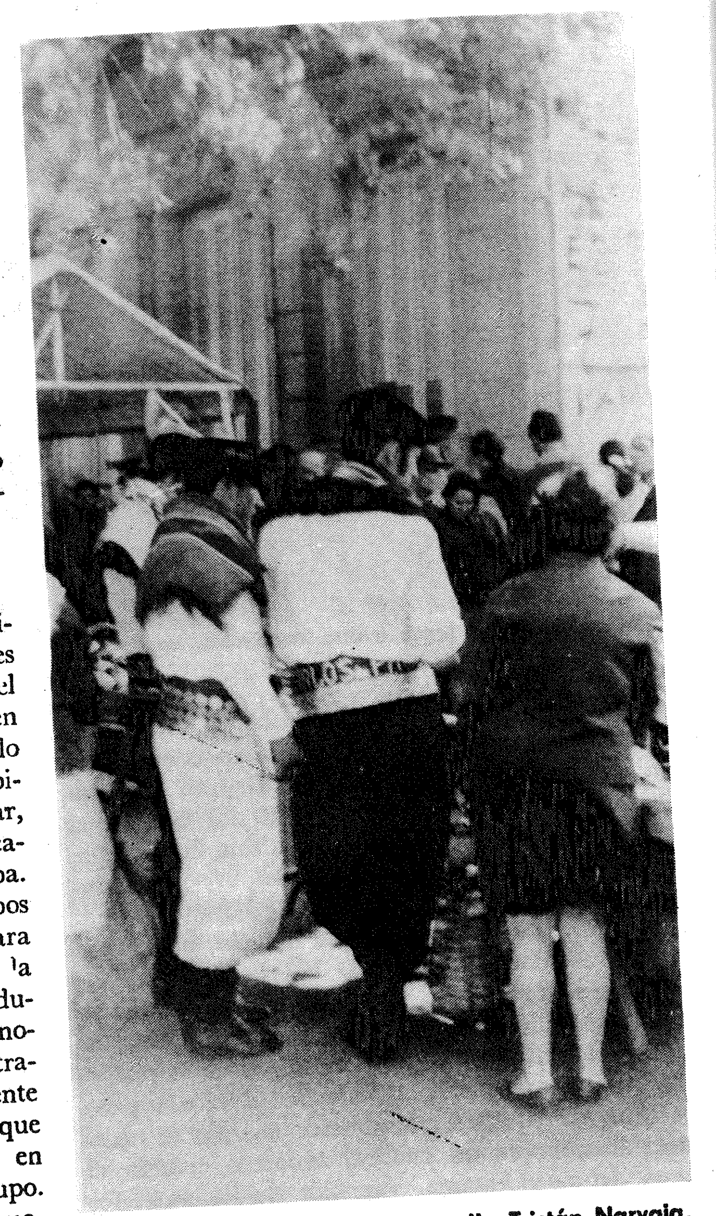
proletario, retaceada por cada sucesiva generación de estancieros, a medida que la ganancia aumenta. En el corto haber de las dichas figuran la fiesta de la yerra, la alegría alcohólica del boliche, el calor quincenal —o mensual— de una familia que le enajena el rancherío nacido después del alambramiento de los campos. Su paga fue y es misera pese a las leyes sociales de hogaño, inefectivas en las soledades ganaderas. No tiene la menor noción de gremialismo y si la tuviera la rechazaría en nombre de su espíritu individualista que, empero, acata al patrón que todo lo sabe y lo puede. Hábil jinete, cortador de leña en el monte y en el patio de paraísos, alambrador cuando se necesita, albañil cuando cuadra, aguatero cuando el agua del pozo escasea, vareador de los parejeros del feudo, rasqueteador de los toros de raza, pafrenero humilde de la "niña", mandadero hacia los cuatro puntos cardinales, siempre se le ve igual: callado, mirando oblicuamente al interlocutor, sumiso ante el capataz o el amo, fiel por perruno sometimiento, diligente cuando arranca con el mandado, sobón cuando ya no lo ven, valiente en sus combates con las bestias o con el hombre, baqueano en los potreros y las serranías, con el ojo brillante y el instinto revuelto en los prostíbulos pueblerinos, dicharachero en los trucos o las jugadas de taba, sufrido en el dolor y resignado a una condición que no aspira mejorar pues "el que nace para medio —según su refranero de derrotado— no puede llegar a real".

Este proletario fue carne de cañón en las guerras civiles y hoy es el músculo eficiente y barato de la estancia. Al margen de la historia, olvidado

por la biografía, sólo aparece, como un relámpago, en la narrativa o en los poemas de nuestros escritores. Y luego vuelve al anonimato de su galpón con olor a sebo y a guasca, a su camastro miserable que el patrón alaba pues "el criollo de verdad no duerme en catre sino en el recado", a su dieta monótona e insuficiente, a su noria de trabajos sucios y ocios salteados. Este infeliz *pión pa'todo,* que nada tiene del arrogante centauro de la leyenda fabulada por las ideologías paternalistas, es el fundamento humano de una riqueza que los ganaderos, los "productores" rurales por antonomasia, reclaman como su mayor mérito y disfrutan con holgura afrentosa. Su redención no ha de surgir de la pluma sino del otro oficio alterno que cantara Garcilaso.

EL DOMADOR

En los primeros tiempos de la ganadería cimarrona el paisano asentado en la estancia es un trabajador indiferenciado. No hay división del trabajo. No hay especializaciones. Todos hacen de todo, como en la horda arcaica. Sabe por lo tanto enlazar, pialar, capar, descornar, curar bicheras, tusar, ordeñar, domar, esquilar, marcar, apartar ganado, tropear, picanear a los bueyes carreteros, fabricar una rastra para ir a la cachimba. Pero con el tiempo se van definiendo subtipos en la estancia. Los viejos que ya no sirven para trabajar trenzan guascas y son el centro de la gerontocracia endoculturadora. Es decir, y traduciendo al lenguaje vulgar la presuntuosa terminología antropológica, son los trasmisores de la tradición, los acuñadores de conductas socialmente valiosas, las estrellas venerables de la cultura que iluminan los pasos de las nuevas generaciones en el quehacer y el saber patrimoniales del grupo. El boyero parte con las carretas que como armadillos gigantescos dan tumbos por los pedregosos



Domadores en la feria de la calle Tristán Narvaja.

caminos de cuchilla y llevan hacia el sur su carga de cueros. El tropero se define claramente con la aparición del tasajo. El esquilador nomádico de las "comparsas" surge en la era de la oveja.

El domador ínsito en cada hombre de a caballo del área paisana cobra con el tiempo rasgos especiales. Además de ser un buen jinete se aplica a su faena de desbravar el potro, de asentar al redomón, de acomodar al resabiado, de enseñar los aires de marcha, de volcar su docencia paciente y persuasiva en la bestia. Se convierte así en domador, que es algo más que jinete.

Domesticar es hacer doméstico al bruto irracional y es también dominarlo, someterlo al dominio señorial del hombre. El domador quiebra dura y sangrientamente, a fuerza de talero y nazarenas, al potro insumiso; luego, una vez entregado, lo manosea, lo mima, le habla al oído, le saca las cosquillas, le descubre el sitio exacto de la caricia aplacadora, lo amansa de "abajo" y de "arriba", de la verija y de la boca, le quita las mañas de estrellero, le enseña a correr boleado, le adiestra en la coquetería del escarceo, lo cura de las espantadas y las tendidas. Si es un caballo para el trabajo lo prepara en todas las artes del aparte y la pechada; si es parejero lo doma y amansa con mano de seda para entregárselo al vareador igual que un "trompo" —blandito y obediente de boca—; si es su propio flete le adorna con lo mejor de su paidología campera. En un estudio anterior nos referimos al domador con detalles que ahora deben obviarse (VIDART, 1957: 71-82). Los que quieran complementar con una interpretación simbólica estos apuntes sobre su tarea pueden consultarlo.

Falta decir que en la actualidad la doma de Semana de Turismo, realizada en el local de La Rural, en el Prado, concita desde hace años a los más publicitados jinetes. La doma a campo abierto se convierte en un espectáculo, en un *show* montado por las comisiones municipales de fiestas. Pocos son los potros que responden a las exigencias de la doma en su etapa bárbara. Este espectáculo, surgido para complacer las apetencias nostálgicas de los emigrados del campo o la novelería de la ciudad, ha desvirtuado la esencialidad ontológica de la doma. Es un ejercicio despiadado y desleal de la fuerza; es una parodia tarifada y largamente conversada por locutores fastidiosos. De cualquier modo, la miel de los premios y el deshojado laurel de la fama atrae anualmente a los domadores de tierra adentro que se vienen con lo mejorcito de su atuendo y la flor de su baquía. Frecuentemente la tentación del profesionalismo no seduce a los más diestros domadores, felices de su anonimato cerril, adheridos biológicamente a un escenario lleno de alusiones y significaciones que la ciudad no puede imitar por más que lo intente.

TIPOS HUMANOS DEL CAMINO

Los tipos itinerantes que estudiaremos ahora, muy esquemática y selectivamente por cierto, ofrecen dos familias de individuos que se destacan entre los muchos posibles. Por un lado están los que frecuentan el camino como trabajadores; por el otro los que lo recorren como refugos humanos o delincuentes. Entre los primeros están el tropero, el carretero y el mercachifle; entre los segundos las "carperas" y los contrabandistas.

LOS TROPEROS Y LOS CARRETEROS

Conductores de semovientes o de mercaderías, así como el mayoral de la diligencia lo será de hombres, correspondencia y valores, estos tipos humanos han sufrido muy nítidamente la influencia del medio físico. Largas jornadas de marcha bajo

soles agobiantes o lloviznas invernales; noches pasadas a cielo abierto, bajo el techo de las estrellas los unos y bajo el piso de las carretas los otros; vivaqueadas taciturnas o galopes enloquecidos para juntar la tropa que huye en estampida: he aquí algunas de las vicisitudes que impone el escenario natural con la secuela consabida de enfermedades broncopulmonares y reumatismos. Pero además deben considerarse las influencias de los ambientes sociales. El peón nace, se cría y muere en el pago, salvo el antiguo caso de las patriadas; los troperos y los carreteros tratan con gentes de distintos pagos, conocen la fauna pintoresca de cien pulperías, llegan a la ciudad y se asoman a sus alusiones e indicadores urbanos. Se forjan, también, una filosofía de seres nomádicos por necesidad y no por vocación que han poetizado con lirismo metafísico Romildo Risso y con indisimulada rebeldía Julián García. Éste hace decir a su personaje, que quiere transformar su irremediable monólogo en diálogo al dirigirse al buey Golondrina: *"Siempre p'al pobre la suerte / trai la disgracia escondida. / Si me salvé de la muerte / no me escapé de la vida. / Y vos, cuando te caparon / casi morís de la herida. / Pero... como te sanaron / juiste güey toda la vida. / Y ya se sabe el final / de un güey y de un pión carrero. / Yo, a morir a un hospital / y el güey viejo... al matadero"* (GARCÍA, 1958: 31-32).

El ir y venir por los caminos rumiando pensamientos y postergando retornos, el ruido de los ejes chirriantes y el monótono golpear de las pezuñas, el trato con paisanos, campesinos, puebleros y ciudadanos, todos estos elementos han dotado a los tipos ambulantes de un pesimista rezumo filosófico, de un espíritu observador y meditabundo, de un sentido agudo del relativismo cultural y las injusticias sociales.

La aparición del ferrocarril y otros medios de transporte fueron raleando primero y extinguiendo luego estos tipos. La carreta clásica ha desaparecido; la tropeada con un ejército de peones regidos por un capataz a través de cientos de quilómetros ha cedido paso a otros itinerarios más breves, que llegan hasta la estación local o a la parada ferroviaria donde aguardan los vagones de ganado. El avance de la marea tecnológica ha desfuncionalizado y extinguido muchos tipos trashumantes de antaño, inaugurando otros cuyos caracteres recién se van definiendo.

LOS MERCACHIFLES

El mercachifle no pertenece al grupo de los productores primarios sino al de los mediadores terciarios. Es un comerciante rural de poca monta, que va de estancia en estancia o de chacra en chacra con su carga de mercaderías, particularmente ropa, cosméticos, perfumes y otras chucherías femeninas. El comercio ambulante de otrora reclutaba frecuentemente sus integrantes entre los sirio-libaneses, mal llamados "turcos" por los iletrados criollos. El mercachifle tenía tres modalidades: iba a pie cargando inmensos cajones, lo que requería una fuerza hercúlea y un aguante a toda prueba; poseía uno o dos cargueros, con árganas y maletas gigantescas; era dueño de un carrito en el que instalaba su mostrador y transportaba su casa ambulante.

El mercachifle llevó a los más inverosímiles rincones del campo su carga de tentaciones: jabones de olor, agua colonia, cintas y géneros floreados, peines y espejos. Muchas veces pagaron los pobres "turcos" su audacia indefensa al atravesar pagos plagados de malandrines. Fueron desvalijados y asesinados a mansalva y no sólo por gauchos o bandoleros sino también por terratenientes serviciales que surtieron a su mesnada a costa de la vida y mercancía de los buhoneros.



La carreta en el vado. Pese al mentado desarrollo vial, esta escena se repite aún en muchas zonas del país.

Meloso, persuasivo, entrador, hábil en el regateo, el mercachifle surtió a los pobladores del campo de objetos no imaginados, creó necesidades, estatuyó nuevas conductas sociales, hizo más amables los ocios con su repertorio de fantasías, hermoseó la presencia de las mujeres, llevó juguetes a los niños cerriles. El comercio rural tuvo así sus promotores, sus héroes y sus mártires. Los mercachifles dulcificaron aquel "espartanismo" de los paisanos que llamara la atención a Larrañaga; hicieron menos ascética la "cultura del cuero"; dieron noticias de nuevas cosas y difundieron, con su estela de perfumes baratos, las incitaciones y atractivos de una civilización remota cuya sede —la capital y el puerto meridionales— era para la mayoría de los pobladores del campo crudo nada más que una palabra misteriosa.

LAS "CARPERAS"

La prostitución rural, hasta la aparición del rancherío achaparrado entre las estancias —de 1875 en adelante—, fue un oficio de hembras caminantes. Las épicas chinas descritas por Acevedo Díaz en *El combate de la tapera* eran lanceras durante las batallas, cantineras durante las marchas y mujeres por amor o por dinero durante las noches de vivac. Otro tipo fue configurado por las carperas. Acompañando a los circos de campaña o surgiendo como por milagro en los días de pencas y de ferias ganaderas, las prostitutas ambulantes venden pasteles y caricias a un tiempo. Han sido muy bien descritas aquellas "quitanderas" y vagabundas por la novelística de Amorim. Son mujeres del camino, que van, como los mer-

cachifles o los contrabandistas, enhebrando los oasis poblados. Son servidoras itinerantes de las urgencias sexuales de los hombres en soledad; al igual que los tahúres que trampeando ofrecen la emoción liberadora del juego, pertenecen a una tipología que la moral criolla tradicional condena con sus pautas ideales, pero acepta como realidad cotidiana en tanto que "mal necesario".

Luego de la época nomádica la prostituta se asienta. Ya lo hace en las orillas de los sórdidos pueblos de campaña, en la "casa mala" del barrio interdicto; ya se instala en los miserables ranchеríos donde recalan los desechos del *lumpenproletariat* fabricado por la estancia; ya ofrece sus servicios a los viandantes en los cruces de caminos donde florecen postas y pulperías.

LOS CONTRABANDISTAS

El contrabando es un fenómeno consustancial a toda frontera. Durante la colonia se afirmó el rebelde espíritu antiespañol contrariando el bando, es decir la ley, mediante la violación de las prohibiciones de comercio con otros países.

Una vez establecidos los límites con el Brasil la frontera uruguaya del norte y noreste se consteló de organizaciones contraventoras que, ya en un sentido, ya en el otro, según el flujo y reflujo de los precios, pasaban productos sin pagar tasas de importación. Hubo ayer y hay hoy contrabandistas poderosos, hacendados o comerciantes, siempre a salvo de todo riesgo, pues su calidad empresarial va aliada con la influencia política. El delito de contrabando, por otra parte, no afecta la honorabilidad de los hombres, según la ética fronteriza.

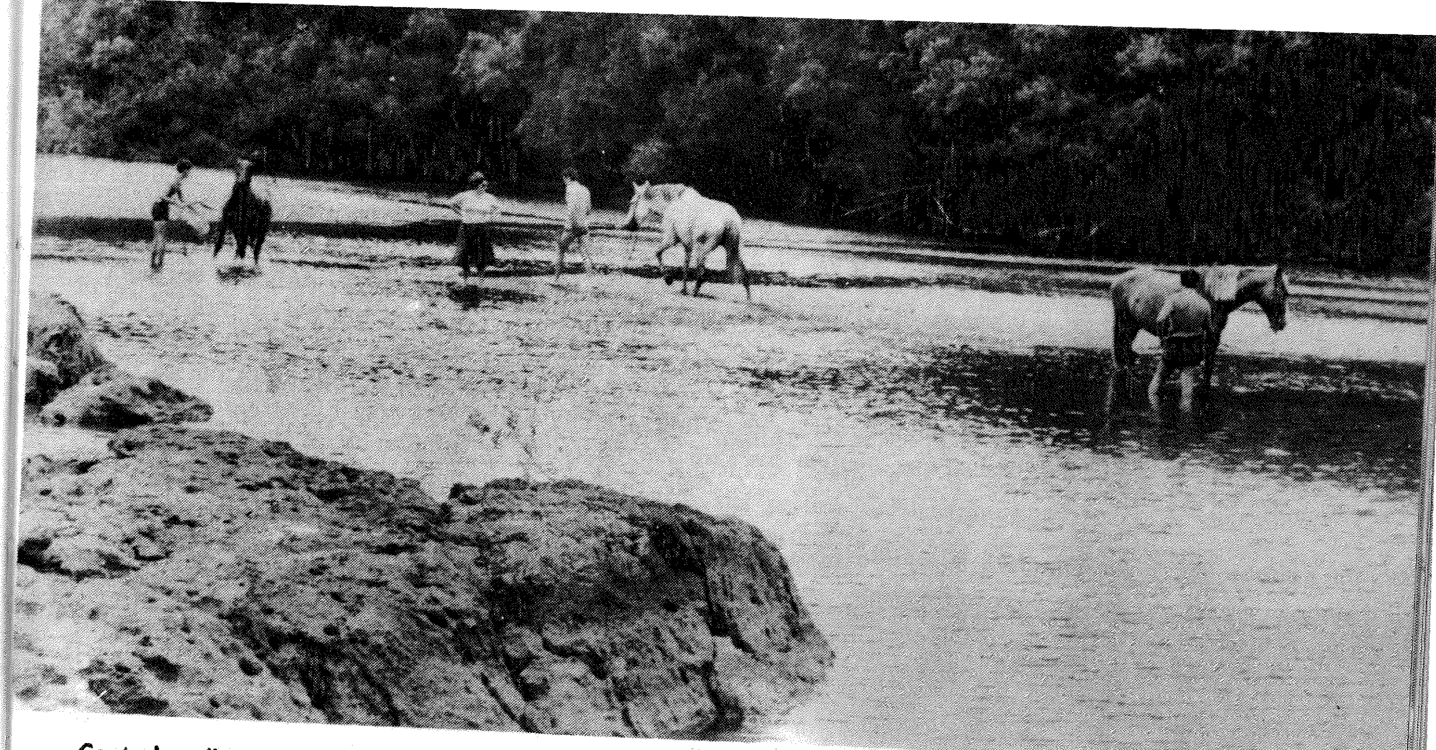
Los tipos humanos que interesan en nuestro caso son los autores materiales del contrabando: los que por su cuenta o a cuenta de otros organizan las reatas de cargueros y transportan caña brasileña, tabaco, yerba y demás objetos o alimentos. El contrabandista, conocido por "trabajador" en algunas zonas y como "quilero" en otras, es un asalariado más. Pone en peligro su vida para que enriquezcan los que compran o venden al por mayor. Tiene su código social, su armamento típico, su estrategia para esquivar la partida. Conoce las picadas; adivina en los ruidos nocturnos la respiración de los milicos emboscados; lee en los más tenues signos del paisaje familiar en tinieblas las señales de peligro o de paso franco.

Vive estrictamente al día este proletario del norte, jineteador de fronteras y baqueano de mojones, siempre con el "güinchester" amartillado y el espíritu entonado hasta la temeridad por el trago de alcohol que menudea en los tiroteos y se hace cañada en los descansos. Una vez cumplida su tarea dilapida en el boliche, en la carpeta y en el prostíbulo el salario que mal paga su riesgo constante. El trato diario con la muerte lo ha curtido: es sereno, se abroquela con una fría y reflexiva modalidad del coraje, sabe balancear las ventajas de la prudencia con las sorpresas de la temeridad. Ha organizado un rosario de refugios diurnos en su penetración tierra adentro. Los rancheríos, las taperas, las propias estancias, son sus enterraderos momentáneos. Desgranándose de la collera de cargueros algunos contrabandistas llegan hasta el sur del río Negro para cumplir con el encargo que, una vez pactado, se sirve fielmente.

El contrabando hormiga del pobrerío fronterizo no se encuadra en la figura del contrabando mayorista. El pobre compra alimentos del otro lado de la línea solamente para sobrevivir.

Y cuando introduce algo para la venta lo hace al por menor, como dice el poeta nativista en su poema dedicado a los "quileros": *"Caña, yerba y rapadura, / y un rollo'e naco no más... / Los pobres contrabandiamos / a gatas pa'remediar."* En versos anteriores había definido el *status* social y la historia genealógica de la familia del contrabandista: *"Guricito piernas flacas, / barriguita de melón, / donde hay tantas vacas gordas / no hay ni charque para vos... / Tu bisabuelo hizo patria, / tu abuelo fue servidor, / tu padre carnió una oveja / y está preso por ladrón"* (RODRÍGUEZ CASTILLO, 1963: 116).

El contrabando, hijo de la economía capitalista, tiene sus capitostes y sus pequeños tributarios: la estratificación social del campo uruguayo, no tan tenue como lo quieren las teorizaciones de la sociología rural académica, surge también con nitidez en este sector de los contraventores de la ley. Y el contrabandista asalariado, por fuerza, se define en la ancha y desamparada base de la pirámide clasista.



Contrabandistas en una picada del Cebollatí. Con el sol alto, suspendido el tráfico, lavan sus caballos.

LOS DESCLASADOS, LOS BUSCAVIDAS, LOS REFUGIADOS

ANTECESORES Y DESCENDIENTES DEL GAUCHO

Las descripciones convencionales del gaucho uruguayo, que tiene caracteres similares al argentino —pampeano, mesopotámico y subandino— y al riograndense, lo pintan como un hombre libre, insumiso, arrogante, justiciero, penetrado por el inflexible sentido de la honra ibérica, valiente has-

ta la desmesura y contento de su destino errante. Es —o era— el señor de las cuchillas, autosuficiente en su economía de subsistencia, anárquico en su integración social, dominado por el complejo cultural del caballo, afiliado por instinto a una ideología libertaria.

Pero si se estudia al gaucho a la cruda luz de las fuentes históricas y se le interpreta como un producto de la lucha de clases en el medio ganadero, se advertirá que hay mucha exageración patriotera y mucha fantasía despistadora en la imaginaria personalidad básica que acuñan los gauchófilos.

Como contrapartida de este arquetipo dotado de excelsas e infusas virtudes, los documentos legados por la administración española y la justicia republicana nos proponen otro modelo, absolutamente polar. Se trata del estereotipo de un asesino, vagabundo, ladrón de ganado y de mujeres, siempre dispuesto a degollar a su prójimo por una futileza, enemigo de la propiedad constituida y del poder vigente. Este sujeto pendenciero, haragán y patibulario aparece una y cien veces en los documentos coloniales. Una sola muestra alcanza para dar la tónica de infinitas definiciones similares: "No dejaron de asombrar éstos a quienes no se hallan acostumbrados a verlos con la barba crecida, inmundos, descalzos y aun sin calzones, con el tapalotodo del poncho, por cuyas maneras, modos y trajes se viene en conocimiento de sus costumbres, sin sensibilidad y casi sin religión. Los llaman *gauchos, camiluchos o gauderios.* Como les es muy fácil carnear, pues a ninguno le falta caballo, bolas, lazo y cuchillo con qué coger y matar una res, o como cualquiera les da de comer de balde, satisfaciéndose con sólo la carne asada, trabajan únicamente para adquirir tabaco, que fuman, y el mate de la yerba del Paraguay, que beben, por lo general sin azúcar, cuantas veces pueden en el día" (LASTARRIA, ed. 1914). Pero casi dos siglos después un representante de la oligarquía rioplatense vuelve a insistir en este tono peyorativo, con mayor rencor y puntería intelectual: "La verdad sea dicha entre nosotros: el gaucho no trabajó en su vida ni para comer (. . .) Andar a caballo, bolear avestruces y domar potros era su diversión, no su trabajo. Fue haragán por definida y jamás contrariada vocación, mugriento por deleite personal y feroz por naturaleza (. . .) Dijimos que era triste para no decir que era hosco, antipático y mal dispuesto para todo. También afirmamos que era lacónico y reconcentrado: pero el pobre no era otra cosa que ignorante y guarango (. . .) Existió, sí, desgraciadamente, ese personaje rotoso, sucio, inútil y petulante, descomedido, escandaloso, ratero y haragán, que poblaba los sórdidos rancheríos y las taperas malolientes de la llanura, que cazaba vacas ajenas como si fuesen perdices, que cortaba alambrados sin escrúpulos de conciencia y se alzaba con las pilchas y caballos de los demás, que manejaba el naipe con pasmosa agilidad pero rechazaba colérico el arado; que asestaba puñaladas por deporte y no tenía siquiera el sentimiento de la familia y del hogar" (ECHAGÜE, 1943).

Un paisano del área ganadera desensilla para hacer mediodía.



La descripción de Lastarria, testigo del gaucho, y la diatriba de Echagüe, denostador de su memoria, exageran igualmente una gauchofobia que la antropología cultural juzga como una mera búsqueda de chivos emisarios.

El gaucho tampoco es un producto del medio geográfico y la vida ecuestre, como lo han querido definir los partidarios del determinismo mesológico. El gaucho es un marginal económico que no cabe en el elenco laboral de la estancia y un desclasado social que no se inscribe en el muestrario de la estratificación colonial. La real figura del gaucho no se comprende si no se la contempla a través del prisma del latifundismo español y del centrifuguismo económico de los desocupados criollos. Los grandes estancieros, dueños de infinitas cabezas de ganado, aspiran a la posesión total de las vacadas cimarronas. Para ello roban, mediante el servicio tarifado de los changadores, las haciendas de las pequeñas estancias. Este fenómeno ha sido recientemente estudiado en un libro ejemplar y a él remitimos a los lectores (SALA, RODRÍGUEZ, DE LA TORRE, 1967). Los que no caben en la comunidad pastoril señalan, ya desde el comienzo de nuestra historia, el paradójico fenómeno de la superpoblación de los campos: los mal entretenidos, vagamundos, mozos desgaritados, amigos de novedades, vagos y malévolos configuran las variedades del gauderio, que cuando trabaja de ladrón de ganado a servicio de un señor feudal se convierte en changador (VIDART, 1967, b).

El gaucho, descendiente del gauderio, tiene los mismos rasgos socioeconómicos que su antepasado: es un criollo sin propiedad, un jinete nomádico que come de lo ajeno pues lo cree propio, un asalariado ocasional que depreda al servicio de los grandes terratenientes. Su movilidad geográfica condiciona su desarraigo social. Su soledad biológica justifica su costumbre de raptar mujeres. Su

necesidad de sobrevivir en un escenario riesgoso —naturaleza avasallante, indios bravos, partidas represivas— lo obligan al robo y al saqueo, que para él no son tales. En 1790 escribe Manuel Cipriano de Melo un juicio que ubica al gaucho en su exacto sitial histórico: "Pero la malicia ha trastornado esta sabia providencia porque los ricos conservan en su hacienda un corto número de ganado en rodeo cuyos partos yerran, y a la sombra de éste se hacen dueños de todo el que quieren, a pretexto de que se les ha alzado o ahuyentado una gran parte. De este pretexto nacen las correrías que hacen (. . .) y los ricos (. . .) haciendo la corambre a tan poca costa y en tanto número que no viene a cuenta a ninguno que no sea rico criar una vaca. Queda de este modo despoblada la campaña de vecinos, los ganados vagos, y la gente pobre necesitada a hacer sin licencia lo que otros hacen con títulos (. . .) matando a diestra y siniestra para sacar cueros y llevarlos a los ricos españoles o portugueses que dan una bagatela por ellos. Éstos son los changadores, los gauchos tan decantados, unos pobres hombres, a quienes la necesidad obliga a tomar lo que creen no tiene dueño para utilidad de los que le pagan con mano bien miserable." Este documento colonial ubica las cosas en su lugar y zanja muchas discusiones inútiles. El gaucho no es un señor sino un paria, un desocupado que realiza de tarde en tarde changas ocasionales mediante salarios irrisorios. No hay que esperar a la intelectualizada canción de protesta contemporánea para que la amargura del miserable se convierta en coplas. Una muy vieja, de tradición oral, dice ya en el siglo XVIII: *"Yo nunca espero justicia / porque no tengo ni un cobre; / como campana de palo / son las razones de un pobre."*

LOS "SIETE OFICIOS"

Fue el gran escritor Juan José Morosoli quien trazó una inolvidable e insuperada semblanza del "siete oficios", el ganapán del área ganadera. Este buscavidas, que desvirtúa los prejuicios acerca de la "haraganería criolla", es un "elemento nobilísimo para hacer el temple de un pueblo", pero "lo desperdiciamos (. . .) y lo dejamos que se herrumbre —moho y orín— en las cuadras de los batallones o en la molicie de los poblados de paja y lata". No le hace ascos a cualquier repaja y lata". No le hace ascos a cualquier rebusque para salir adelante, por lo menos en sus etapas iniciales de juvenil intrepidez: "Él comienza todos los días. Allá averigua que se necesita un hombre para hacer piques. Si el monte está cerca de la estancia, comerá en la estancia y dormirá en la estancia. Si está lejos hará una aripuca con cuatro palos y unas ramas, y allí estará hasta que se termine el trabajo. Alguna vez se llega a la pulpería. Tabaco, naipe y caña. Otras veces rumbea a lo oscuro, como perro sin dueño, buscando una mujer para sacarse un poco el monte que tiene adentro. Para asentar un poco el malhumor que hace días lo tiene lleno de espinas. La soledad tiene estos inconvenientes también. Terminado el trabajo cobra y marcha buscando nuevos destinos.

"Ahora será alambrador, haciendo yunta con otro agenciavidas como él, con quien compartirá —siquiera sea— mate y silencio. Otra vez es parte de una comparsa de esquiladores que va picoteando, aquí y allá, porque las estancias tienen sus máquinas para ese fin. Después será hornero, parando una quema de ladrillos, comenzando por elegir piso, siguiendo por la playa, armando pisadero, cortando y embarrando el horno para pasar después las noches, a lo lechuza, vigilando la quema.

"Más tarde va a una cruzada buscando contrabando. Es decir, se suma a una pandilla que perdió a un hombre por enfermedad o porque encontró otro destino mientras marchaba (. . .) Será al fin estaquero, que es el que apronta las estacas para hacer un monte, generalmente con intención de aprovechar un bañadito que se forma en un bajón del campo. Será otro día domador, entendiéndose con el rezago de la tropilla, reservados llenos de vicios, a los que los mensuales cobardes no se le animan porque no tienen necesidad de romperse los huesos porque sí. Aquí está mostrada la evolución del coraje de nuestro gaucho. Ayer se pedía la bolada. Hoy se piensa que no hay necesidad de hacerse machucar de gusto, y no se juega la vida arriba del caballo el más guapo sino el que tiene más necesidad. El coraje, aquí y en todos lados, no es sino esto: una gran necesidad de ganarse la vida.

"Hay, además, mil pequeñas changas en la que este hombre puede obtener unos días de actividad (. . .) Si la estancia cercana tiene chacra para el consumo de la casa desgranará maíz, compondrá algún chiquero, cortará paja en el bañado para hacer un quinche nuevo (. . .)

"El siete oficios no camina ciertamente por ansias de infinito. Lo que le hace andar es la necesidad, domadora de cogotudos y amansadora de ariscos. Porque en el campo la liberación económica del hombre es prácticamente imposible (. . .) El terrateniente es ganadero y no quiere que sus campos se llenen de familias (. . .)" (MOROSOLI, 1940).

La caracterización de Morosoli es aun más ancha y honda. Pero baste con estas transcripciones para comprobar la voluntad de supervivencia de un proletario que huye del desempleo crónico buscando desesperadamente algún conchabo transitorio. A este empeñoso buscavidas la ideología terrateniente, infiltrada en las clases medias urbanas, lo moteja de holgazán, de inconstante, de marrullero. Su ademán rebelde de supervivencia al final sucumbe: se sume en un rancherío, se engancha de soldado, cae como un aerolito en un planeta suburbano para revolver en los basurales y tripular un *yoyó* descangayado. Éste ya es el último chapaleo. El tipo prístino ha fermentado y decaído. Sin reservas de voluntad y paciencia, atenaceado por las enfermedades y loco de hastío, de soledad, se allega a las colmenas de los arrabales para terminar sus días entre las moscas, el hueserío y los olores agrios del *cantegril*.

LOS MONTARACES

Existe una especial tipología de hombres del área paisana que se evaden laboralmente de la misma y se guarecen en los bosques fluviales y serranos, en los pantanos y en las lagunas, en las orillas de los ríos. Son los montaraces, los recolectores de yuyos, los cazadores furtivos.

Estos refugiados han escapado al vaivén infinito de la penillanura, a la incitación ambulatoria del campo abierto. Viven bajo el regazo escondedor del monte, entre las maciegas del estero, en los socavones de las quebradas donde sombrean los helechos.

Los montaraces tienen un ciclo inexorable de agobiantes trabajos: voltear los árboles de madera incorruptible, preparar las ramas para hacer el horno, armar los hornos y revestirlos, quemar esta pira con lento fuego interior que arde sin llama, embolsar el carbón y cargarlo en las carretas. Los montaraces viven en el escenario de su trabajo. En un claro han armado un "bendito", o sea un simple techo a dos aguas que descansa sobre el suelo semejando unas manos en oración. A veces plantan zapallos, boniatos y maíz en los calveros,



Un montaraz y su familia en los bosques del río Yi. Fotografía tomada en 1938.

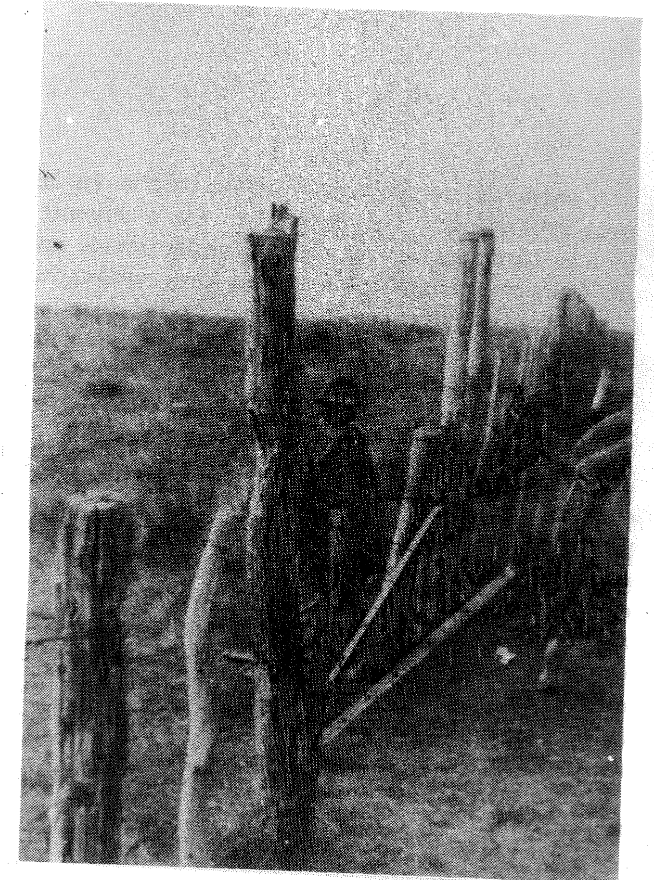
pero esto sucede cuando el montaraz trae consigo su mujer e hijos. Es de ver entonces cómo el pequeño grupo retrograda a la recolección de los pueblos arcaicos para sobrevivir: pájaros, huevos, mulitas, bayas silvestres, panales de lechiguana, hongos, bulbos de macachines, todo sirve para capear las necesidades de la comida cotidiana. El montaraz es huraño por destino ecológico y autárquico por necesidad. Se cocina en su propia salsa de soledades, apenas mitigadas por el verde universo de la flora y el incesante pulular de la fauna. La planta y el animal son, casi, los deudos de su biológica familiaridad con la naturaleza. Refugiado en la marsupia de las rinconadas ha retrocedido a la condición primicial del hombre, a los tiempos del prehistórico bosque materno. Su mismo aspecto —clinudo y barbudo las más de las veces, hercúleo a fuerza de lidiar con el hacha, vestido con ropas burdas destrozadas por las espinas— lo distingue de los habitantes del área paisana. Es un apeado cuyo ámbito vital se halla limitado por la floresta. Se mueve en profundidad y no en extensión. Está de espaldas al campo y de frente a los detalles no captados por el jinete que rueda sobre los paisajes sin penetrar en su secreto. Se encuentra sumergido en un mundo donde el tiempo prima sobre el espacio; no ve paisajes sino microcosmos, pequeños frisos animados y significativos. Es por ello un botánico empírico, un zoólogo instintivo, un meteorólogo analfabeto. Los árboles no le dejan ver la totalidad del bosque pero no obstante adivina en cada árbol, en cada fragmento de naturaleza, en cada cosa singular, la presencia total del universo.

El cazador furtivo se ha desprendido del mundo donde trabaja y vive el montaraz. Al igual que éste se disimula en la maraña y aguarda, mirando sin ver —por lo menos en apariencia— acuclillado en las orillas de los ríos. Caza nutrias, lobos fluviales, mano peladas. Mata y cuerea a los gatos monteses después de rastrearlos con la seguridad de un sabueso. Cuando se interna en los bañados hace hecatombes de garzas para quitarle las plumas más preciadas. Sabe sacarles a los cisnes su *duvet* más fino. En ocasiones abandona el monte y recorre sus aledaños en busca de zorrinos y peludos, la pequeña fauna nocturna que sirve para ir tirando y lo rebaja a la ordinaria categoría de "bichero".

El lobito de río y la nutria son las presas predilectas, las mejor remuneradas. También los carpinchos valen por las buenas y suaves badanas que sacará de su piel. El fruto de las largas noches de espera lo vende al chupasangre del boliche cercano que estiba en sus galpones, entre intachables cueros de oveja, el tesoro que adquirirán los peleteros de la gran ciudad lejana.

Como el contrabandista, el cazador furtivo debe a veces defender a tiros su precioso botín. Otras veces sale al campo abierto y participa en la corrida y desplume del ñandú. Pero cada año que pasa el monte le retiene cada vez más hasta transformarlo en un ermitaño. Hosco, solitario, de movimientos felinos, agazapado, atraviesa la maraña con pie liviano y cauto. Las grandes lunas alumbran sus acechos cuando aguaita a la presa que viene, imantada casi, hasta ponerse bajo la mira infalible de su rifle. Y así vive, y así envejece, del escondite a la aripuca, de la aripuca al boliche y del boliche, donde se surte de los vicios, otra vez al monte que lo alimenta y cautiva. Y en el monte muere al fin, como un bicho más, consustanciado con el humus originario del mundo, convirtiéndose —recuérdese el viejo Andrada de Morosoli— en la huella de una mariposa gigantesca sobre el pasto amarillento, de donde lo recogerán los peones que van en busca de vacas alzadas.

Un "bichero" abriendo una tranquera.



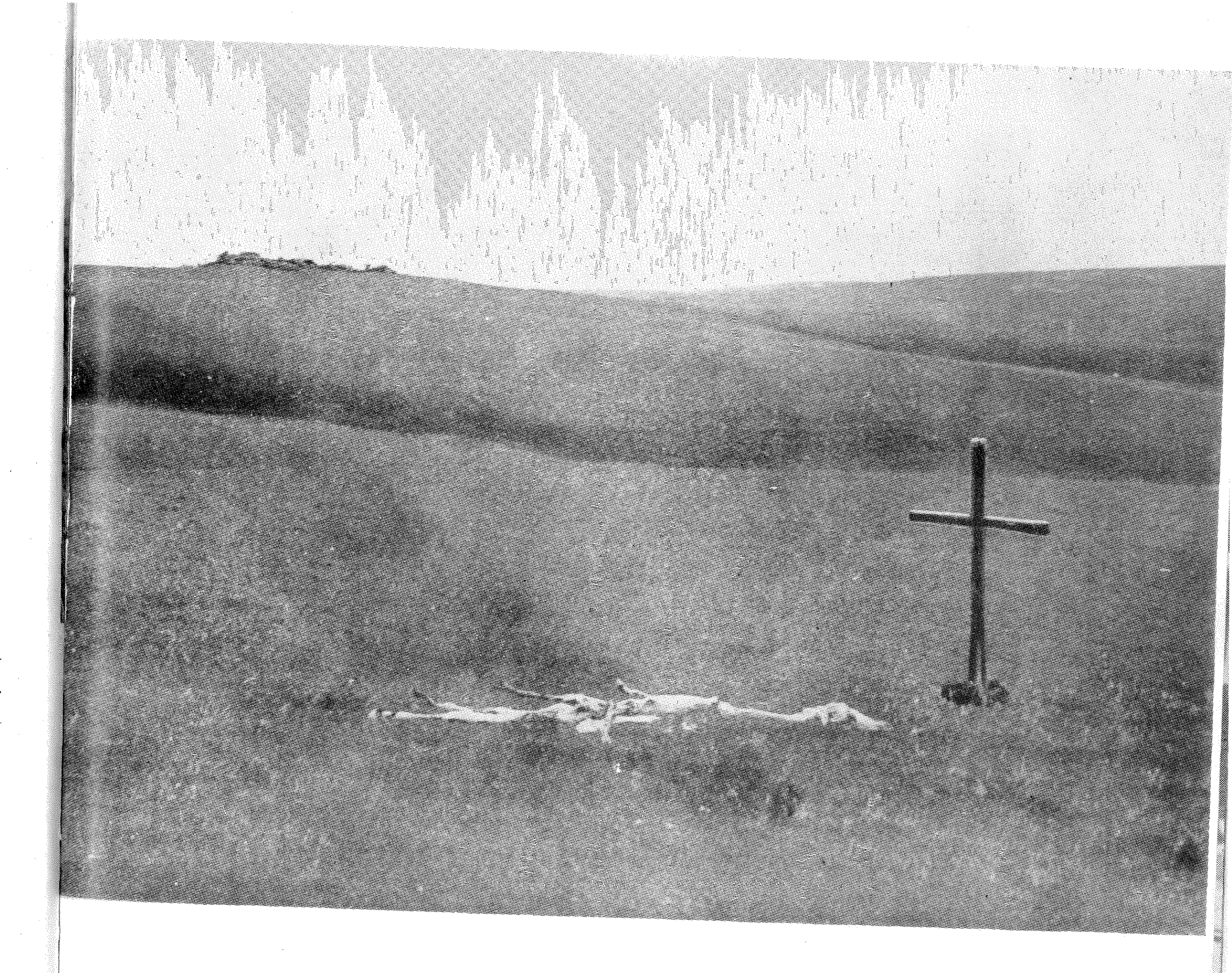
LOS TIPOS CAMPESINOS

Dentro de nuestra clasificación basada en las áreas geográficas y los géneros de vida emergentes de una tecnología tradicional, consideraremos como tipos campesinos a los trabajadores enclavados en las zonas agrícolas. Los estudios de *Nuestra Tierra* dedicados a las ciencias geográficas y sociales caracterizan los distintos aspectos de lo campesino, proporcionando conceptos e índices estadísticos a los que nos remitimos. En nuestro caso interesan los tipos humanos acuñados por la agricultura mediana y minifundista: el chacarero, el granjero, el monocultivador, el quintero. Vamos a describir brevemente cada uno de ellos, en el entendido de que nos preocupará esencialmente el agente del trabajo primario, el asalariado, el bracero, el arrendatario, el pequeño labrador que medra entre los dos términos, tan próximos, de la economía de subsistencia y la economía de mercado.

LOS CHACAREROS

El chacarero es el agricultor extensivo dedicado a los cultivos clásicos de trigo, maíz, paja de escoba, tubérculos y algunas hortalizas. Se le halla claramente definido en la zona meridional, particularmente en Canelones.

El chacarero es, muchas veces, de ascendencia canaria. Sus antepasados, llegados de las islas atlánticas de España, practicaban una agricultura primitiva. Hundían poco la reja del arado, no abonaban la tierra, utilizaban métodos depredatorios que erosionaban y empobrecían el suelo. Sus rancherías albergaban géneros y niveles de vida sumamente precarios en el aspecto material y espiritual. Y del mismo modo sus descendientes se confinan en el primitivismo tecnológico, en la hostilidad a todo cambio. Son desconfiados, cavilosos y "desprecian cuanto ignoran". Emponzoñados por



Trofeos del coraje. Sitio donde cayó Chiquito Saravia, en la carga de Arbolito (1897). Junto a la tumba del héroe, la osamenta de su caballo.

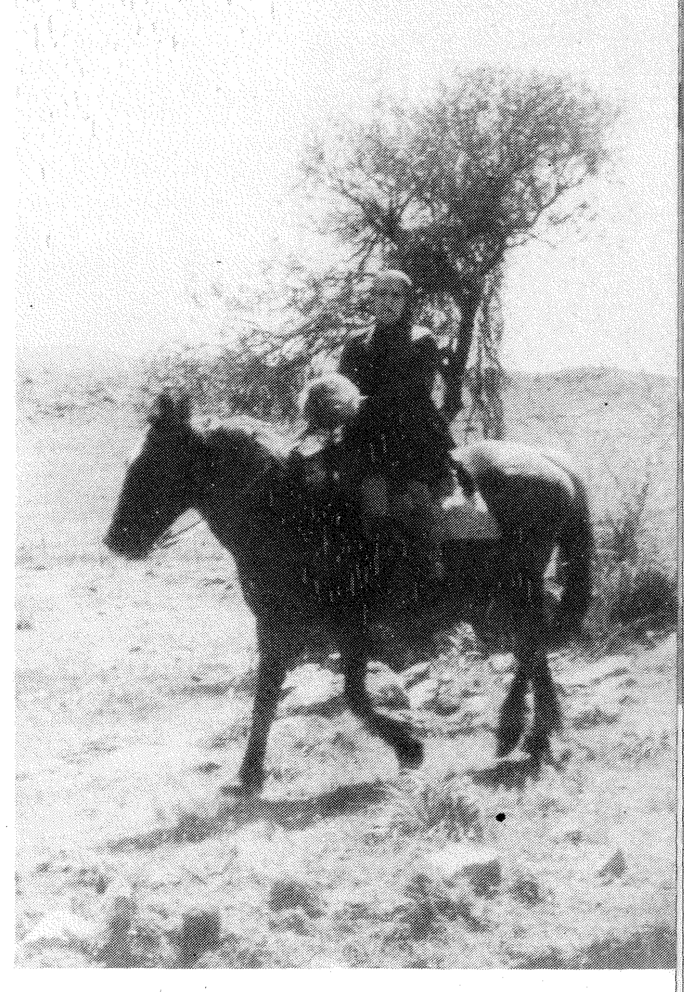


Parque Rodó. La madre blanca y la madre negra.



DERECHA: El hombre de "la cotorrita".
PÁGINA OPUESTA: Músico callejero.

Hombres y caballos en el río como mar.



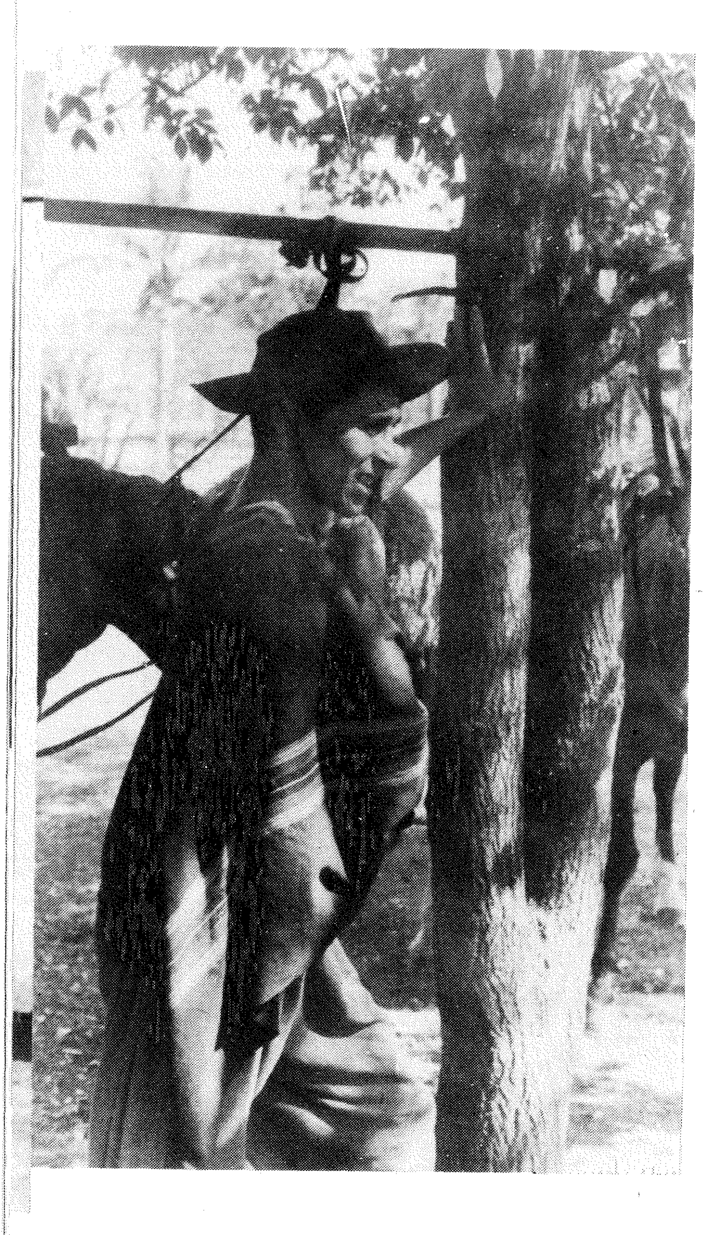
Una vieja paisana montando a la antigua.

IZQUIERDA: Paisanos en un aparte de una penca.

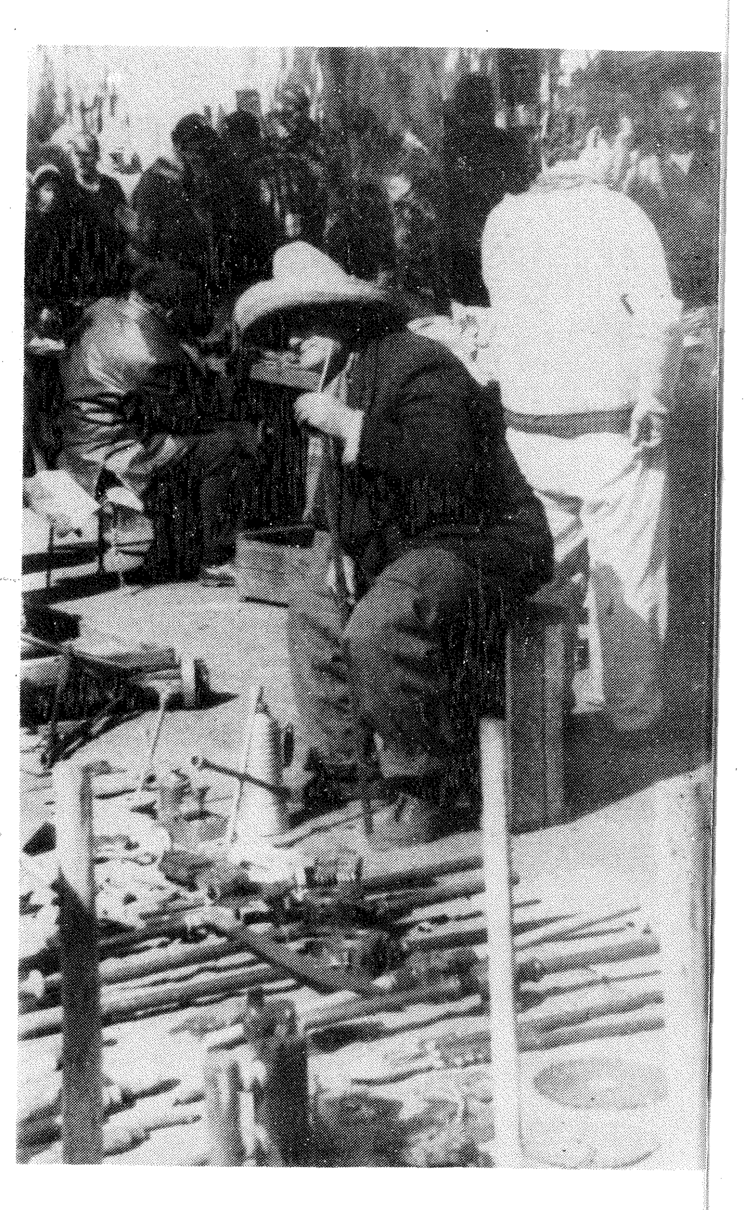
Viejecitas en la resolana.

PÁGINA OPUESTA: Trofeos de la derrota. La ropa de un bichicome secándose al sol.

Foto: Amilcar M. Persichetti



Peoncito del Cebollatí junto a su caballo.



Un feriante en su escenario dominguero.

el terruño, se aíslan en sus parcelas al punto de que sólo concurren al pueblo en las festividades de San Isidro Labrador y en el Día de los Muertos. La superstición los ata a los viejos terrores del agricultor neolítico. Sus niveles de vida son bajos: ranchos oscuros y destartalados, sombreros rotosos, tamangos ancestrales, folklore de añeja raíz hispánica. No mandan a sus hijos a la escuela pues los necesitan para el trabajo. Y éste es duro, ya que la tierra cada vez rinde menos, saqueada por el filibusterismo de una agricultura elemental.

Es raro que el chacarero tenga peones. Toda la familia trabaja en las épocas de siembra y cosecha; en los tiempos de lluvias invernales no hay industrias domésticas que ayuden a salir del marasmo de la inactividad envilecedora. A medida que los fundos se subdividen y avanza la densidad demográfica se redoblan las penurias. Bien ha captado Serafín J. García la tragedia de este pequeño y desamparado agricultor en sus expresivos versos dedicados al tamango: *"Tu destino es igual qu'el de tu dueño: / un destino apagao y sin leyendas, / que no va más allá del rancho negro / and'encajó su marca la miseria, / y ande hasta los gurises / se han olvidao de reirse, a juersa'e penas"* (GARCÍA, 1951).

Pequeño propietario o arrendatario, tanto da: la ganancia es menguada y la producción depende de los azares de la naturaleza. El chacarero no puede imponer las conquistas de la geografía humana a las resistencias de la geografía física. Está en equilibrio con el medio y, como el alpinista de la parábola de Toynbee, parece tener un lema que define y consagra el estancamiento cultural que lo agobia: *j'y suis, j'y reste,* aquí he llegado, aquí me quedo.

LOS GRANJEROS

Agricultores más perfeccionados y permeables a las innovaciones, originarios de la zona ligur, del Piamonte o del área helvética, los granjeros instalan en el paisaje agrario una serie de dispositivos más eficaces que los chacareros tradicionales. Tienen mejores herramientas, incorporan la máquina al trabajo agrario, construyen casas confortables, saben practicar formas evolucionadas de cultivo. Plantan frutales y los industrializan *in situ,* siembran viñedos, instalan colmenas, crían cerdos, se dedican a la avicultura, organizan tambos en la cuenca lechera de Montevideo. Todo ello supone un grado más alto de educación y comprensión, un más agudo conocimiento del mercado. En consecuencia, sus niveles de vida son satisfactorios y pueden acceder prontamente al logro de una sólida fortuna.

Pero el viticultor, el lechero o el criador de cerdos, cuyo *status* familiar es infinitamente superior al de los chacareros minifundistas, mantienen a sus asalariados en condiciones muy bajas: poca paga, largas jornadas de labor, alojamiento —cuando lo hay— sucio e incómodo. El destino de los proletarios es parejo en el campo pecuario y en el agrícola; las leyes sociales no alcanzan para restañarlo y el gremialismo no ha podido, salvo excepciones, defender los derechos humanos de los eternos expoliados del agro.

LOS PLANTADORES

En este caso particular no vamos a referirnos a los dueños de las arroceras o sembrados de caña de azúcar. Nos limitaremos a los asalariados que plantan arroz o caña. En ambas zonas, el este y el norte del país, este nuevo paisaje de cultivos no tradicionales, concebidos con la mentalidad del plantador que emplea mano de obra semiesclava,

ha procreado un tipo humano especial. Es el más explotado de los trabajadores del agro: la vivienda es una madriguera; la comida, monótona y escasa; el salario, irrisorio. Pero la plantación pone juntos a muchos proletarios en vez de desperdigarlos en las estancias insulares o en las granjas introvertidas. Y muchos proletarios juntos se rebelan, como lo hicieron en el pasado los esclavos de los ingenios o los algodonales. El espíritu de cuerpo se acentúa, la conciencia social despierta, el sentido de lo justo y lo injusto apunta en los más advertidos y sacude la modorra de los fatalistas. La rebeldía sustituye a la sumisión, la protesta al antiguo acatamiento. Entonces surge la lucha social, alumbrada por la conciencia de clase. Al derrotista "el mundo es así y no cambia" sucede una aspiración vehemente a una vida mejor, a una más equitativa repartición de la riqueza. Los cañeros se agremian, marchan hacia Montevideo, dinamizan inclusive el pensamiento ciudadano apegado a rígidos esquemas de reivindicación social. Como otrora los arroceros, que no llegaron a articular un movimiento coherente pese a los intentos de sus líderes, los cañeros conmueven la sensibilidad nacional. Estos "peludos" —así se autodenominan— empeñados en lograr su tierra y politizados por una súbita y fulgurante toma de conciencia, dan lecciones de solidaridad, de espíritu combativo e imaginativo a muchos intelectuales urbanos. Con ellos la noción del subdesarrollo y la necesidad de abolirlo penetra, como a contrapelo, en el postrado mundo rural. El fenómeno de reacción en cadena provocado por su insurgencia sorprende y dinamiza nuestro presente; el futuro juzgará acerca de sus proyecciones.

LOS QUINTEROS

En los alrededores de Montevideo y a veces penetrando en la ciudad como un seudopodio hortelano, existe una agricultura de suburbio con caracteres particulares. En pequeños predios, bien trabajados y abonados, el riego y la agricultura preciosista han logrado rendimientos sorprendentes. Este cordón de primicias que surte la feria de los barrios y los puestos de los mercados está generalmente atendido por hábiles quinteros italianos y españoles (hubo una emprendedora minoría de valencianos originaria de la Huerta levantina que hoy ya no es tan notoria) cuya habilidad comercial corre pareja con su sabiduría agrotécnica. En dos hectáreas trabaja un ejército de personas. Dentro de la ciudad, infiltrada entre las fábricas, esta agricultura de suburbio propicia la existencia de un asalariado que por su idoneidad está mucho mejor remunerado que el de la granja y el de la chacra. Sobre este tipo de agricultura y este tipo de hombre hay mucho más que decir, y proponemos su estudio monográfico a los aspirantes a sociólogos y etnógrafos que andan en busca de un laboratorio sociocultural barato y cercano. El empresario que practica el cultivo de suburbio posee novedosas facetas económico-sociales: es un residente urbano que vive de la agricultura y la encara con criterio comercial y equipo industrial. El personal de trabajadores, por su parte, requiere una especialización sumamente rica y habilidosa.

Quinta de riego suburbana: tecnología y dispositivos especializados.





La vivienda del chacarero canario, agricultor de tipo tradicional.

LOS TIPOS URBANOS

En las calles de las ciudades y los pueblos uruguayos hay personajes pintorescos que llenan las crónicas de las vecindades o las barriadas con su copioso anecdotario. Pero estos personajes singulares no interesan en esta tipología. No interesan tampoco los trabajadores de tareas reglamentadas que como el guarda de ómnibus gallego o el feriante italiano atraen con su exotismo idiomático la atención festiva del público.

Los tipos populares que han de retener nuestra atención son los pequeños ganapanes que trotan por las calles en busca de su cuota de supervivencia: los barquilleros, los vendedores de "ballenitas", los afiladores, los compradores de botellas, los vendedores de pizza y fainá —cada vez menos frecuentes—, los cuidadores de automóviles, los escoberos y plumereros, las negras pasteleras de los últimos reductos afrouruguayos. Son también tipos bien definidos los desechos sociales: los bichicomes que se guarecen en los intersticios carcomidos de la propia ciudad, sin dejar de pertenecer a ella; las prostitutas callejeras que han organizado, mediante el empleo de taxis, un "servicio" en Bulevar Artigas cuya complejidad e implicaciones requerirán, en caso de ser estudiado, todo un equipo de especialistas en ciencias humanas; los punguistas en su múltiples variedades. Los tipos urbanos de otrora, cuya descripción efectuaran los antiguos cronistas, han desaparecido (DE MARÍA, 1957). La civilización técnica, la sociedad de masas, la fábrica y el empleo público han absorbido a muchos ejemplares llenos de color local. Los que restan son supervivientes del gran naufragio tradicionalista en las aguas de la modernidad y no serán objeto de nuestra atención. Por razones de economía de espacio vamos a limitar el análisis a los vagos, a las prostitutas y a los cuidadores de automóviles.

LOS BICHICOMES

Según algunos etimólogos bichicome viene del inglés *beach-comber,* que quiere decir cardador de playa o rompiente de playa. En la primera acepción sería un recorre playas, en la segunda un náufrago social.

Nuestro bichicome es un vago con muchos puntos de contacto con el *hobo* norteamericano o el *clochard* francés. Los tres pertenecen a la gran familia de parias determinados por el doble imperio de la alienación económica y una personalidad patológica. Pero nuestro bichicome urbano no es un pedigüeño vagabundo de las calles sino un habitante pertinaz de los rincones ruinosos. Recoge su comida en los basureros de las cercanías de sus covachas, generalmente extendidas en el perímetro costanero, y luego de apenas satisfechas sus necesidades alimenticias se tiende al sol, se mata los piojos y se sume en sí mismo, en el éxtasis de un nirvana asocial.

Debajo de la palabra patria escrita en la pared, ayuna esta pareja de expatriados en su tierra.



El bichicome no es un filósofo mugriento al estilo de los cínicos griegos, sino la víctima de un universo sociocultural al cual no se adapta. Su rebeldía es la marginalidad. No roba, no es un agresor, no es un resentido peligroso y locuaz. Ensimismado, con su eterno cortejo de moscas y olores agrios, camina lo imprescindible, como la fauna marina del *benthos,* sin alejarse mucho de su madrigera de piedra, maderas y latas. Cuando consigue alcohol azul y alpiste fabrica el violento beberaje de sus borracheras. Alguno que otro carga, tanto en invierno como en verano, dos o tres rotosos trajes encimados. No se le ve ir con un atado al hombro, como el linyera, una variedad rural e itinerante de este género. No pide limosnas. Aunque a veces se forman parejas o tríos de dialogantes, el bichicome vive concentrado en el terco aislamiento de su propio ser. Es, a su manera, un individualista. Derrumbado junto a las paredes de la resolana, inmóvil como un Buda, el bichicome bucea en su clausurada intimidad, ajeno al tráfago de la calle, de espaldas al rumor del mundo enemigo y extraño. Es un yogui sin teoría y sin tradición encallado en la orilla del mar urbano. Por eso busca el límite con el agua, que le enajena la huida a cambio del horizonte de la infinita libertad óptica. Y así, en la indecisa ribera de la urbe y de la naturaleza, contemplándolas sin participar en la dinámica o la estática de la una o la otra, este ermitaño conjuga todos los posibles aislamientos del hombre: el estructural, el espacial, el cultural, el social. Las madrugadas de invierno se encargan de cosechar cadáveres para la Facultad de Medicina: el bichicome vive y muere al aire libre, en el limbo privado donde no caben ni la alegría ni el hastío y el sol adquiere la condición de divinidad cósmica, de epifanía total.

LAS PROSTITUTAS CALLEJERAS

Al igual que los bichicomes, las prostitutas son los rezagos de la sociedad capitalista: aquéllos se colocan al margen de una sociedad basada en el dinero y éstas la aprovechan en su condición de tal.

No sería novedoso dedicar a la prostituta montevideana un parágrafo —se las puede hallar semejantes en Roma o en Tokio— si no fuera porque desde un tiempo a esta parte se ha inaugurado una modalidad muy peculiar. En efecto, a lo largo de Bulevar Artigas se han instalado, en racimos esquineros que llegan hasta cuatro o cinco mujeres —aunque también las hay solitarias—, meretrices que se ofrecen, exclusivamente, a los conductores de automóviles, lo cual tampoco es una novedad, y reclutan sus elementos entre mujeres muy jóvenes, casi adolescentes en su mayoría.

Lo que reviste caracteres peculiares es la explotación de estas infelices. Cada una de ellas tiene su chulo particular —el "marido", conocido en términos hampones con el nombre de *cafishio*— pero, además, son tributarias de un empresario colectivo que usa automóviles para distribuir y recoger su clientela. Según afirman algunos informantes, para organizar dicho sistema se contrató al principio el servicio de dos o tres ex-boxeadores que aporrearon bárbaramente a las prostitutas hasta amedrentarlas y desalentar también a sus proxenetas. Luego se les "vendió" protección, al mejor estilo de los gangsters de Chicago. Los "protectores" utilizan autos o motocicletas para hacer periódicas recorridas y, a su vez, parecen estar muy bien protegidos, pues la policía, tan activa para otro tipo de procedimientos, no se inmuta mucho



Prostitutas callejeras en una de sus "paradas" de Bulevar Artigas.

con un espectáculo renovado a lo largo de todo el día. No sería difícil descubrir más de un nexo entre los dueños de las casas de citas, a los que no les debe faltar políticos amigos interesados —quizá sólo sociológicamente— en el pingüe negocio, y los "inspectores" y "protectores" que patrullan el bulevar a lo largo de las "paradas" habituales de sus pupilas.

LOS CUIDADORES DE AUTOMOVILES

Otro espécimen típico de la fauna callejera montevideana es el cuidador de automóviles. Su existencia se debe también al subconsumo, al subempleo, a la necesidad de eludir o embozar la mendicidad con el mascarón de proa de un rebusque. El cuidador de automóviles, que nada cuida por cierto, ha sido sagazmente captado por un

escritor costumbrista a cuya descripción me remito: "Muchas veces se reprocha al Municipio que adjudique el trabajo de cuidador de coches a personas jóvenes, en vez de reservar la actividad a ancianos desvalidos. Basta imaginar la magnitud de las tareas a cargo de nuestro hombre para concluir que sólo un dinamismo juvenil podría bastar para abarcarlas. Algún malintencionado dirá que el hombre de guadapolvo gris y gorra autoritaria sólo se hace visible cuando un coche se retira, momento en que aparece como un indispensable maestro de ceremonias que otorga prioridades, dirige la maniobra y despeja el camino. Con movimientos circulares del índice parece discar un teléfono invisible, mientras con la otra mano detiene la corriente del tránsito. Nadie, salvo las damas, obedece sus señales, pero nadie puede ignorar la mano extendida que indica el fin de la tarea y del espectáculo. Plumero simbólico bajo el brazo, inspecciona los espacios libres que van apareciendo, atribuye preferencias en proporción directa a la importancia de la dádiva que presume, gesticula, grita, simula enojos con invisibles rivales de su protegido y por fugaces minutos se convierte en el personaje más importante de la cuadra. Nodriza cuidadosa de los tesoros cuya vigilancia asume espontáneamente, resulta a veces ineficaz en los momentos cruciales, cuando un descuidista decide tomar a su cargo el portafolios o el abrigo abandonado en algún asiento; pero fuera de esta triste circunstancia, ejerce a conciencia su cometido. La cortesía es su signo: la gorra se levanta con idéntica elegancia ante el generoso o ante el olvidadizo; es que el carácter voluntario, no tarifado y muchas veces sorpresivo del servicio, no le permite sino la exigencia sutil de una sonrisa o de una mirada llena de discretas esperanzas" (ROSSIELLO, 1968: 80-82).



El cuidador de automóviles visto por Miyo.

LOS TIPOS ORILLEROS

El fenómeno urbanístico y social de las orillas tiene larga historia. Se inició paralelamente con el de la ciudad y, para ubicarlo en el tiempo, hay que retroceder no ya a la Edad Media sino al origen de las primeras urbes en la Media Luna de las tierras fértiles, allá por el cuarto milenio antes de nuestra era, aunque las ciudadelas del mesolítico, como Jarmo y Jericó, de pronto también tuvieron sus caseríos de extramuros.

Los montevideanos llamamos orillas a las cinturas de casas sueltas y casillas que entre baldíos, arroyos, quintas de agricultores suburbanos y caminos de tierra que quieren ser calles señalan la zona de transición entre el campo y la ciudad, entre el amanzanamiento edificado y la espacialidad geográfica de las parcelas, ya minifundistas en el sur, ya latifundistas en el norte. (Guichón, por ejemplo, estuvo asfixiada hasta hace menos de un decenio por tres estancias que impedían la existencia de cultivos hortelanos.)

Pero las orillas no configuran solamente un paisaje lisiado, con todos los signos de lo provisorio y lo destituido, con todas las lacras edilicias y urbanísticas de la precariedad y el desamparo. Reflejan, y esto es lo que importa, una infraestructura económica responsable de la organización del espacio, los dispositivos culturales y la condición humana de sus habitantes. Son algo así como la tierra de nadie de la batalla ecológica que libran la ciudad y el campo donde, además de manifestarse las tensiones espaciales de dos distintos *habitats,* se vacían los residuos materiales y sociales de un orden (¿o desorden?) clasista. Del campo llegan los yuyos en hirsutas maciegas, los abrojales empecinados, los chircales de ramas tiñosas, las cañadas de aguas mugrientas, el gran cielo parodiado por el espejo de los charcos; la ciudad, por su parte, vuelca allí el multitudinario tacho de la basura cotidiana circundado por el verde vuelo de las moscas, una aureola de olores insoportables



Un habitante de los "Cantegriles" regresa con su "yoyó" cargado de desperdicios mercantilizables.

y los signos paisajísticos de esta derrota instrumental y biológica: los carritos escuálidos con ruedas de juguete (de ahí el nombre de *yoyó* que se les ha dado), los flacos perros atorrantes, los matungos bichocos que todavía tienen fuerzas para arrastrar una carga.

Las obras del hombre revelan una semejante y lastimosa decadencia. La vivienda orillera, la clásica casilla, no tiene el vigor edilicio —y ni qué decir el sabor folklórico— del rancho mediterráneo. Es una construcción de latas destripadas, palos retorcidos y fajina leprosa, carcomida por las lluvias y los vientos, con puertas minúsculas en falsa escuadra y apenas aireada por ventanucos que por la noche se inyectan con la luz de los farolitos a queroseno.

Las orillas tienen el aspecto de cosa incompleta; son una especie de campamento perpetuado por los decenios. Constituyen un vaciadero de objetos, hombres y animales en caótico revoltijo, una especie de planeta en el cuarto día de la creación. Pero si carecen de la fisonomía de lo definitivo también soportan los achaques de la caducidad. Semejan un sitio bombardeado en el que la pobreza tecnológica exhibe su marchito repertorio y la humanidad retrocede al aprendizaje de la indigencia primitiva. Acá, no obstante, la selva o el desierto son sustituidos por las inmundicias y sobras de la ciudad orgullosa. Estas macilentas orillas forman los cinturones de miseria donde los campesinos de América hacen su aprendizaje de las urbes, donde el descendiente del gaucho, perdidos el caballo, el espacio ecuestre y la naturaleza primicial, se queda sólo con el facón y el coraje para hacer frente al hambre, que nunca fue cantada por los elusivos letristas de tango.

ETIMOLOGIA Y SINONIMIA DEL TERMINO "ORILLA"

El expresivo término orilla tiene sus equivalentes en español.

En primer término consideremos la voz arrabal. Deriva del árabe *rabad* y aparece en la lengua española hacia el 1146 con el significado de núcleo de viviendas situado fuera del recinto fortificado de la población a que pertenece. También designa, según el Diccionario de la Academia, al sitio extremo de una población o a la población anexa a una mayor. Sitio extremo, periférico, marginal al centro poblado: he aquí el significado inicial de la voz llegada al español por la aculturación de un término árabe. El propio Diccionario de la Academia se encarga de decirnos luego que en sentido figurado y familiar —evidentemente despectivo— se califica de arrabalera a la persona y especialmente a la mujer "que en su traje, modales o manera de hablar da muestra de mala educación".

El otro término sinónimo es suburbio. *Urbs, urbis,* quiere decir ciudad en latín y *suburbium* equivale a sitio poblado inmediato a la ciudad. Plinio considera dentro de lo *suburbanum* a la heredad o casa de campo vecina a la ciudad; Cicerón califica de *suburbanitas* a la condición de cercanía a la ciudad. La voz suburbio figura por vez primera en el español hacia 1612 y suburbano recién aparece en 1739. El Diccionario de la Academia coloca a lo suburbano dentro de la jurisdicción de la ciudad.

Finalmente debemos examinar el término orilla, que hasta ahora hemos utilizado sin previo análisis semántico. Orilla es un diminutivo de *ora,* voz latina que designa a la costa, al borde, a la orilla —perdónese la tautología— en suma. Orilla aparece en el español entre 1220 y 1250, y por

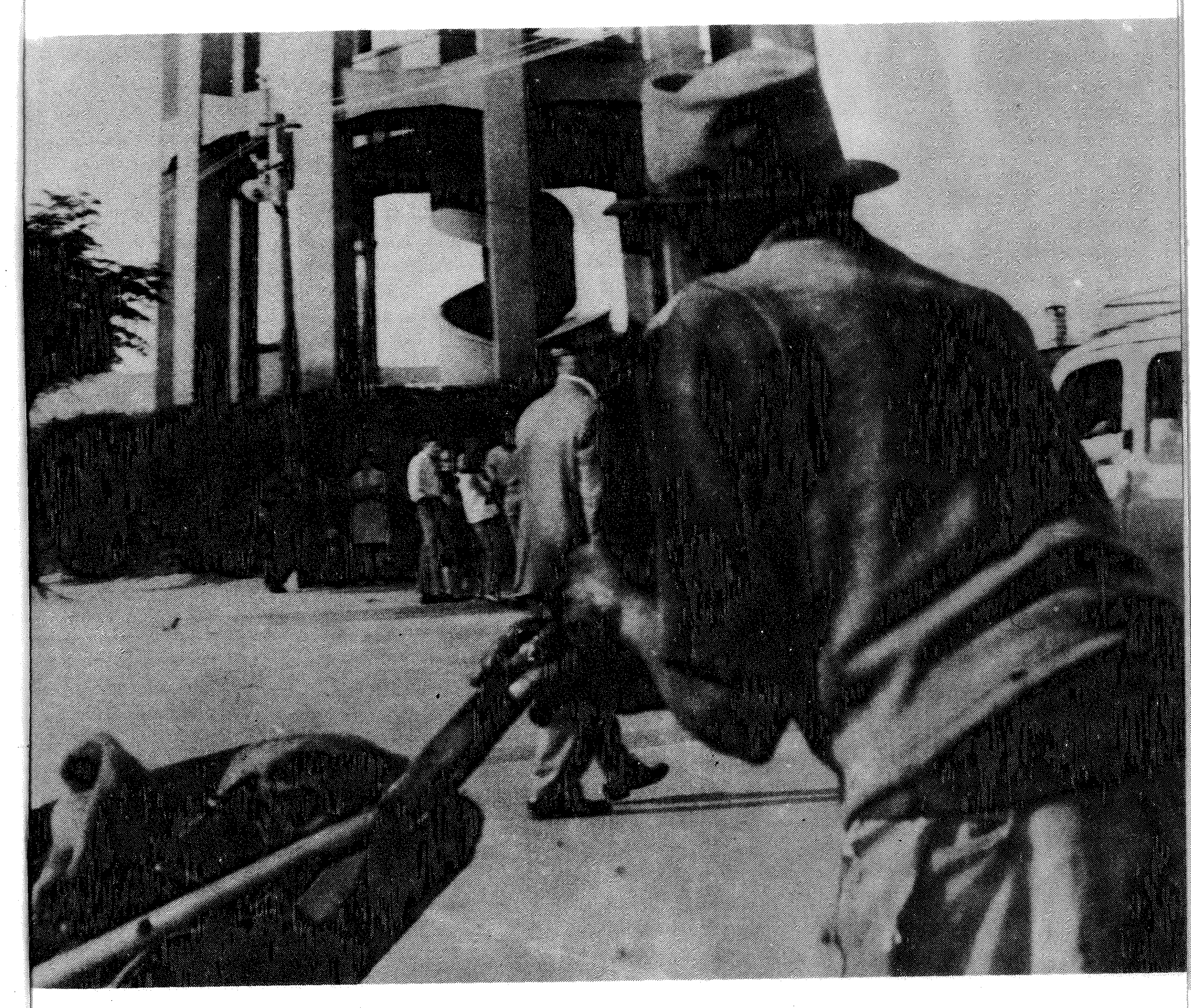
esta última fecha se abre paso el término orillero, significando lo que nosotros concebimos por tal en el Río de la Plata. Pero hay algo más, digno de entretenida consideración. Un lingüista catalán indica que orejano, un término de antiguo uso en nuestro campo pecuario, y que significa ganado sin marca, y por lo tanto agreste, arisco, cimarrón o mostrenco, no deriva su nombre de oreja "pues la marca en cuestión se aplica con frecuencia a otros lugares, y orejano es precisamente el que no tiene marca en ninguna parte". Agrega entonces que "parece tratarse de una alteración del antiguo *orellano* 'lateral, apartado', S. XIII, derivado de *orilla,* con referencia a los animales que andan por lugares solitarios y remotos, de donde animal cimarrón; se alteró luego por influjo de oreja, porque algunas veces al animal que no es orejano se le marca la oreja" (COROMINAS, 1961).

A veces se confunde barrio con arrabal u orilla. Son cosas distintas. El barrio en su origen quiere decir lo mismo que arrabal: deriva del vocablo árabe *barr* (afueras de una ciudad) que en árabe vulgar se convirtió en *bárri* e ingresó a la lengua española en el 949. Sin embargo barrio en la actualidad significa otra cosa pues los barrios son, valga la autoridad del Diccionario de la Academia, "cada una de las partes en que se dividen los grandes pueblos o sus distritos". La historia ha convertido a los arrabales en barrios: basta pensar en los casos de la Aguada, Pocitos o Palermo, ayer orillas y hoy barrios de Montevideo.

Quedaría todavía por analizar unos términos que a menudo, y muy interesadamente, se entreveran con los citados aunque significan algo distinto. Se trata de los peyorativos vocablos "bajo" y "bajo fondo". El bajo o los bajos fondos de las ciudades son las zonas donde se refugian la prostitución y la delincuencia: allí se encuentran el garito, el lupanar, el fumadero de marihuana, el "enterradero" de criminales, el local de bailes de rompe y raja. El famoso y hoy demolido Bajo montevideano fue el albañal común de los barrios y las orillas, de los habitantes del Centro y del arrabal, de la burguesía encanallecida y de los obreros sin conciencia proletaria. El vicio va de la mano del sistema capitalista y es generosamente fomentado por los que sacan dividendos a la sombra de negocios infames, pero negocios al fin, tal como lo exige el *rol* santificado del mercader.

LOS ORILLEROS DEL CORAJE

Las evocaciones de las orillas antiguas, efectuadas generalmente por hombres pertenecientes a clases sociales que en su tiempo repudiaron con vehemencia a los orilleros, han forjado una serie de estereotipos memorables. Las orillas aparecen así como la sede del coraje, como el perpetuo campo de batalla de varones silenciosos y diestros que viven enarbolando cuchillos y proxeneteando mujeres. Son los portadores de la "felicidad del valor" según Borges, son los compadres "nietos del gaucho" acicalados por los versos nativistas de Silva Valdés. Los taitas, los pesados, los compadres, los compadritos, los guapos, los marcianos, los capangas, los caralisas, toda una fauna agresiva propiciada por la necesidad de afirmar la personalidad humana en un erial creado por el crecimiento de las grandes urbes y el ingreso de los inmigrantes y los desarraigados rurales en las filas de la miseria, hacen olvidar, con la crónica de sus peleas, el verdadero rostro del desvalimiento. Las dagas de hojalata siguen combatiendo interminablemente en la mitología de la *Belle Époque* y en la nostalgia de los intelectuales que buscan la raíz de la realidad rioplatense en un retablo de duelistas gratuitos



El recolector de residuos forma ya parte habitual del paisaje urbano.



Entre la rambla y el mar una pareja de marginales ha sembrado su "huerto".

que "sin odio, lucro o pasión de amor se acuchillaron".

La verdad histórica es que los compadres y los guapos existieron. Empieza la mentira cuando se los explica en nombre del libre albedrío personal y no del determinismo económico, de la dominación social, de la explotación del hombre por el hombre.

Las abundantes y desmesuradas caracterizaciones de los taitas arrabaleros y orilleros deben ser sometidas a una crítica antroposocial despiadada. Hemos vestido con el valor que nos falta una especie de coraje que jamás existió; hemos proyectado nuestras frustraciones y melancolías al ayer violento; y así ha surgido una adobada y convencional "engañifa literaria", de la que hablara Enrique Amorim en su denuesto al tango.

Más apegado a la realidad, aunque tributario de prejuicios ideológicos consustanciales a su clase, es el retrato de los guapos dejado por uno de sus contemporáneos: "Tipo original, entre el hombre rudo de campo y el hombre culto, sin saber llevar nunca bien ni el chiripá ni la levita, con todos los resabios malos del primero y sin ninguna de sus virtudes, y la imitación servil de los hábitos del segundo sin ninguna de sus noblezas, de carácter taimado las más de las veces, apadrinador otras, sin aptitudes para el trabajo, rondador constante de suburbios en busca del amorío lúbrico y de la pendencia oscura, con el pañuelito en la mano izquierda sahumado con esencia acre, una florecilla cualquiera en la comisura del labio, cuando no un clavel en el ojal deshilachado, y alguna macana en la diestra; brillante el cabello largo oliendo a agua de rosa o a perfume de albahaca, en contraste remarcable con los efluvios de ginebra del aliento; tieso sobre los tacones menudos de mujer de unas botas Melier, el ojo avieso bajo el ala del sombrero, los hombros alzados por una contracción muscular viciosa, el andar ruidoso como de hombre que pisa fuerte, la mirada en el suelo o de soslayo al transeúnte, torcida y hosca; de frases breves e incisivas, comiéndose las sílabas, por el hábito de la jerigonza o de la jerga familiar con la gente perdida; jugador de reales o de centavos, al truco o a la báciga en los cuchitriles y tabucos de los barrios lejanos, apenas iluminados por dispersos faroles de aceite, y tertuliano seguro de cierta sociedad de conventillo donde se huele a romero y parecen trasudar todos los sensualismos a la vez que desprenderse todas las inhalaciones de los cuartos a la calle donde se vende pulpa; mirado con desconfianza por el hombre de campo y con desdén por el hombre de ciudad, el tipo genérico de que hablamos era una entidad híbrida, hijo bastardo de las taimonías de las afueras en connubio con los desechos de adentro, ni gaucho de buena ley ni pilluelo de sutil astucia, condenado a no salir del *medium* formado entre los suburbios y los pantanos del ejido, salvo en los casos de conmoción y de tumulto, o del apremio de su presencia en los atrios electorales para falsear el voto público y poner gesto fiero al ciudadano" (ACEVEDO DÍAZ, 1895).

Hay toda una literatura sobre el compadrito, mucho más abundante en Buenos Aires que en Montevideo y su cantidad está en relación inversa a la de su autenticidad. Las crónicas intelectuales o sentimentales sobre las orillas de antaño evocan a los arrabales finiseculares como el gozoso imperio de los tajos y las puñaladas. Presentan al guapo como a un ser disociado de la realidad; no trabaja, no come, no convive con nadie: siempre pelea o está en vías de pelear.



Los bichicomes en la "Ciudad Vieja".

Esto es falso, es un deliberado intento de fabricar una crónica para venderla como una historia que, en definitiva, será el fruto de la mitomanía criolla proyectada sobre una menesterosa, prepotente orfandad (VIDART, 1967 c: 34-43).

LOS ORILLEROS DE LA AGRESION

Las orillas actuales de Montevideo, están pobladas por los llamados *Cantegriles*, nombre que parodia, desde el extremo de la pobreza, el del lujoso barrio puntaesteño (BON ESPASANDÍN, 1963).

Los Cantegriles han acuñado un nuevo producto humano, distinto al de los guapos y matones de antaño, aunque conserva alguna de sus características. Se trata de los infanto-juveniles, grupo de muchachos cuyas bandas azotan el perímetro y aun el centro de Montevideo en sus incursiones delictivas.

Los infanto-juveniles actúan comúnmente en patota. Agreden a los vecinos, roban sistemáticamente, combaten con la policía. Una y otra vez son recluidos en los reformatorios, donde aprenden el repertorio criminal del hampa y adquieren vicios degradantes. Mientras no cumplan los 18 años no pueden ser procesados y, amparados en esta prerrogativa, una y otra vez vuelven a sus andanzas.

Las recientes correrías de las bandas del Chueco Maciel y los Chanchines son la fachada notoria de una actividad agresiva constante, de una protesta generacional propiciada por el hambre, la ignorancia, el abandono pedagógico y las técnicas represivas y no recuperativas usadas por el Estado. Esta actividad golpea el pacato rostro de una sociedad clasista que en el afán ideológico



Un bichicome en su covacha.

de esconder su mala conciencia busca los consabidos chivos emisarios. En efecto, los cronistas de los "grandes" diarios capitalinos pintan a los infanto-juveniles de las orillas urbanas como los genios del mal, como los engendros del demonio: son díscolos y perversos, no escuchan consejos, no tienen responsabilidad moral, no procuran enmendarse. Constituyen una plaga que se debe erradicar pues el orden social y la salud moral del pueblo así lo exigen.

Pero no hay libre albedrío en estos detritus de la estratificación social. Están determinados por infraconsumo e ignorancia de sus familias, por los ejemplos de los delincuentes de mayor edad, por el resentimiento cultural de su condición subproletaria. Para salir de la postración económica

y la minusvalía ética que los envilece, el atentado contra la propiedad o las personas aparece como una salida plausible, aconsejada por su escala de valores —o desvalores—. El "estado de necesidad" de los códigos cobra cotidiana vigencia en los actos de estos desesperados. El golpe, el denuesto, la cuchillada, la rapiña, todas son formas de enfrentarse contra la autoridad y el poder sociales que los condena a ser la borra de la civilización técnica y las comodidades burguesas. Su agresión es un manifiesto, una manera de expresar las voliciones de una personalidad residual.

LOS ORILLEROS DEL HAMBRE

La sociografía y la etnografía tienen en los *Cantegriles* una cercana cantera de datos para efectuar investigaciones de campo. Éstas se han practicado; hay monografías y estadísticas por demás elocuentes. Pero nos parece más directo y vivencial poner a los lectores en contacto con el patetismo del caso concreto. Los refugiados en los *Cantegriles* no son delincuentes, ni deliberados haraganes, ni rebeldes sin causa. Llegados en su mayoría del interior del país, sin especialización, sobreviven como míseros trabajadores independientes —en el caso de que haya changas— en el perímetro carcomido de la gran ciudad. Veamos pues, mediante el testimonio de un testigo fiel, cómo transcurre la vida cotidiana de los orilleros del hambre, de los protagonistas y víctimas del subdesarrollo.

"He aquí un rápido fichaje que hicimos, producto de las conversaciones y observaciones del grupo.

"1 — «Ésta es mi estancia —nos decía muy serio un hombre de 50 años, los brazos en jarras o cruzados, siempre moviéndolos, enérgico— yo soy responsable por todos.» Miramos alrededor. Había 13 personas. El más chico, un bebé de meses, tenía por cuna un latón herrumbrado. Pegado al mismo dormía un enorme perro. Dos ranchos, para todos. El más grande no pasaba de 4 x 4. «Aunque no lo crea —decía casi con orgullo— hay $ 400, ahí en esas latas, y lo hicimos todos nosotros.» El hombre es de Rivera. Allá trabajó la tierra; aquí en Montevideo, en un horno de ladrillos. Ahora cobra seguro de paro. «Creen que somos delincuentes: ¡no señor! Se lo dije el otro día al comisario cuando hicieron la batida. ¡Qué se creen! Tengo todos mis papeles en orden. A éstos —señala a los muchachitos— los mando a pedir. Que pidan no es vergüenza; que roben sí. Por algo crié 25 muchachos, míos y de otros. De los que tengo el mayor anda por los 17 años. Ése —el del latón— es mi último nieto.»

"2 — El hombre estaba sentado junto a la puerta del rancho. Componía una olla. «La mujer se me espiantó. Vivo solo con mi hijo, ése que ve ahí, Carlitos. Tiene 10 años. Yo lo crié desde los 20 días. La mujer lo dejó en el hospital y desapareció. No me lo querían entregar pero yo pelié la cosa y me ayudó un médico amigo. Los hijos no son perros, ¡cómo no había de criarlo! Trabajaba en mi chacra de Toledo y la perdía. Tuve que entregársela al Banco. Tenía que pagar por mes 180 pesos y me atrasé cinco meses por la maldita sequía. Con ese carro hago changas; además arreglo radiadores. A veces voy al Tala, me dan trabajo en un taller. Mi familia está bien aquí, en Montevideo, pero no le pido nada a nadie. Carlitos no va a la escuela, cómo quiere que lo mande si no tiene zapatos ni ropa para el caso.»

"3 — Con la mujer vestida de amarillo que lavaba la ropa en una tina, al sol, hablamos poco. Pero nos mostró a su compañero, adentro del rancho de lata, de 4 x 3, enfermo, acostado junto a



Supervivencias del mundo rural: una penca en la playa.

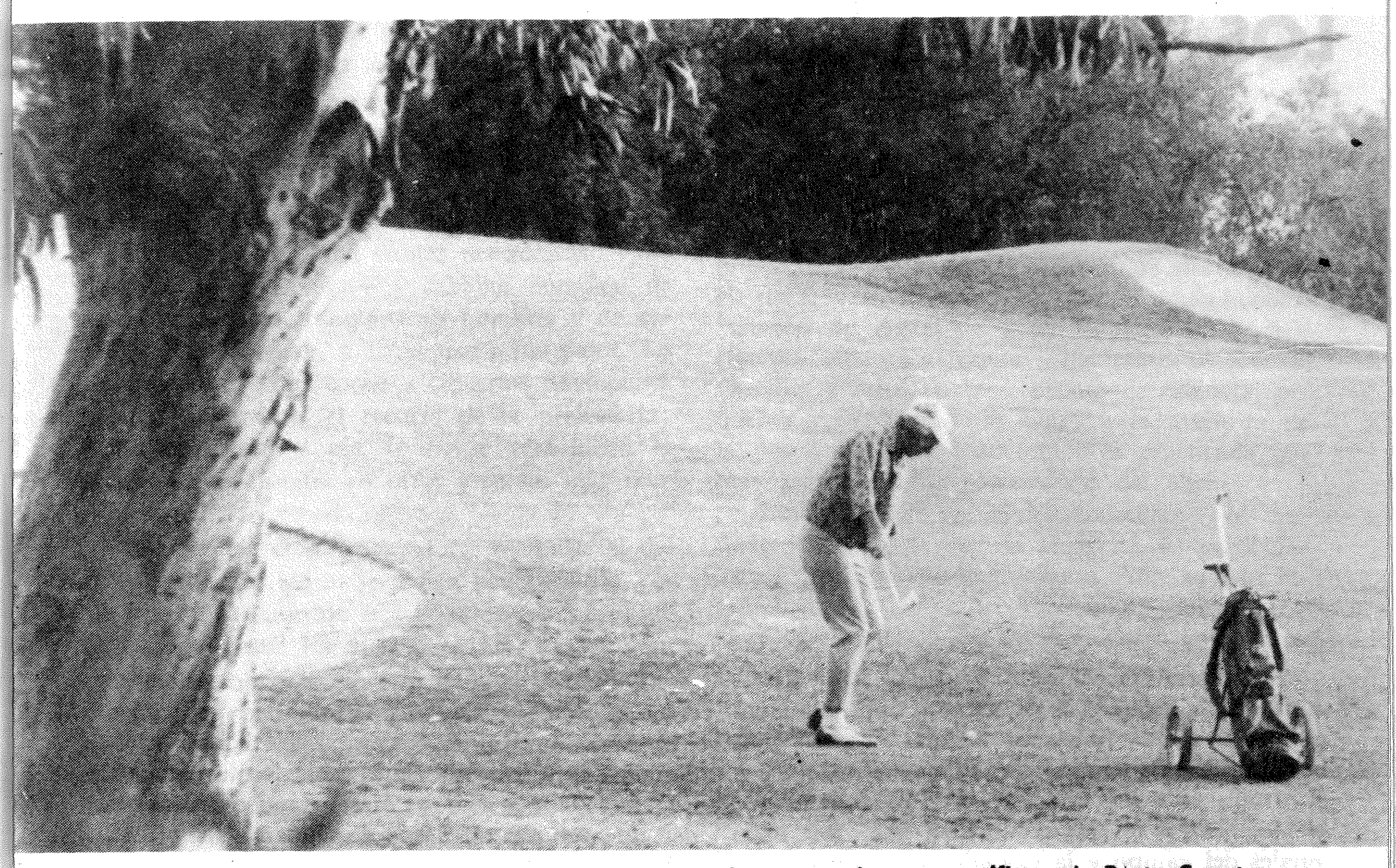
un bebé de dos meses, cubiertos ambos por una especie de jergón y rodeados de moscas. El hombre habló algo: «Tenemos siete hijos. Soy albañil; también sé trabajar en hornos de ladrillos, pero no hay trabajo. Hace meses que estoy así. No sé lo que tengo.» Es de Montevideo; tiene 32 años. El hijo mayor tiene ocho años. Andaba por ahí.

"4 — Si le pusiésemos de título a este artículo: «En los Cantegriles también se cultiva la tierra» nuestros honorables políticos quedarían sumamente contentos. Y nuestros buenos burgueses cantarían loas a la virtud saludable del trabajo como medio de salvar a la nación. Qué bien trabajado estaba ese pedazo de tierra. El hombre estaba inclinado sobre ella, con su azada en mano. La mujer lo llamó para hacer las presentaciones. Se quedó lejos, saludándonos, pero después se animó y entró a conversar. Y habló casi todo el tiempo de la tierra. «Es lo más lindo que hay. [Parecía que hablaba de una mujer] ¿Que si me dieran un campito para trabajarlo?... Me iba ahora mismo. Trabajé una tierra a medias, pero me chuparon mucho. La tierra a medias no es tierra.» Tiene 36 años; es de Rivera, de la 7ª sección. Allí sus padres tienen un campito. «—¿Por qué no se va?» «—No se puede —contesta— somos 14 hermanos; no hay lugar para tantos. Con lo que se saca acá se come algo; y también se puede vender un poco.» El pedazo cultivado medía 12 x 12. Además se dedica a hacer changas. Hace 15 años que está en Montevideo. Tienen tres hijos; perdieron uno allí mismo, en el Cantegril, hace 3 meses. Están esperando otro.

"5 — Un hombre de 36 años, sentado a la sombra de un transparente. No hacía nada. No sabemos qué miraba. Nos saludó y mostró a sus hijos y a la mujer. Seis hijos. El pequeño, adentro, echado en una valija abierta que hacía las veces de cuna. Era mongólico. «Soy carpintero. Vine de Rocha hace 13 años. No hay nada de trabajo. Alguna vez una changuita. Tengo herramientas, me las regalaron. El pibe mayor tiene 13 años. No está porque está juntando botellas.» Las nenas van a la escuela; a dos de ellas las mandan a Las Piedras porque aquí no pudieron recibirlas. Nos muestra la vivienda. Una pieza con una gran cama y una cocina. Todo, unos 12 metros cuadrados. «Sabe, no puedo extenderme... Mire mis herramientas.» Nos vuelve a hablar de ellas y las saca del lugar en que las tenía escondidas. Un formón, un cepillo, un serrucho, un taladro. Estaban limpias, afiladas, sin uso ninguno.

"6 — El ranchito se levantaba en una especie de montículo. El sol lo castigaba con empeño. Los niños alrededor del mismo. Dos perros y algún juguete viejo. La mujer se limpiaba las manos con el delantal blanco. El esfuerzo de pulcritud se advertía en todo. «Somos de Pando; tengo 36 años. Nos vinimos para acá porque él trabaja en el Mercado y gastaba mucho en locomoción. Pero se quedó sin trabajo. Hoy, por suerte, salió a vender helados. No podemos dejar así a los chiquilines, sin comer. Un amigo lo llevó a la fábrica y consiguió los helados. Vamos a ver...»" (BARREIRO, 1964).

Rodeados por basurales que sus habitantes revuelven y clasifican, circundados por una flota de "yoyós" —los carritos para acarrear botellas, latas y otros aparentes desperdicios que tienen valor para los "cirujas"—, hacinando en raídos potreros los matungos de su caballería escuálida, los Cantegriles forman un planetario destartalado en derredor del núcleo urbano. Allí se aposenta el lumpenproletariado, se esconden los criminales, campean las patotas de menores agresivos, la en-


A pocos metros de las guaridas de los bichicomes asolean sus ocios unos golfistas de Punta Carretas.

fermedad se ceba y el hambre crónico y agudo celebra su diario jubileo. Miles y miles de uruguayos, gente buena y honesta en su mayoría, son desgastados y envilecidos por la más afrentosa miseria.

A la larga las reservas morales ceden y la familia se desintegra; la desocupación consuetudinaria derrumba los últimos reductos de la dignidad humana y ya está pronta la imagen de los estereotipos forjados por los caritativas damas que juegan al *bridge* para repartir entre los pobres el producto de su ocio filantrópico. El reino de la necesidad impera férreamente sobre el de la libertad. Pero los teóricos de nuestro orden democrático, que achaca la existencia de estas úlceras a la haraganería criolla, ha convertido a la libertad —esto es, la libertad para morirse de hambre— en su paradoja favorita.

LOS TIPOS MARGINALES

El criterio sociocultural escogido para determinar la marginalidad de ciertos tipos humanos uruguayos puede funcionar en más de una clasificación. Es decir, que hay tipos marginales en el campo —los montaraces— y en la ciudad —los bichicomes—; los orilleros, a su vez, son marginales del campo y la ciudad respectivamente.

El hombre marginal o el grupo marginal pueden compartir el mismo espacio geográfico que los otros hombres o grupos integrados a la sociedad global de un país. Pero no comparten el mismo espacio social ni el mismo *tempo* cultural. Viven de espaldas a los procesos sociales cotidianos, han construido un mundo de relaciones humanas y de valores convivenciales distinto del que rige en los otros ambientes que los circundan. Han definido con vigor las pautas y complejos de una subcultura en la cual se inscriben con alienada violencia.

El grupo marginal que estudiaremos ahora lo es en el doble sentido del término: el geográfico y el sociocultural. Por eso nos pareció lícito aislarlo de todos los otros continentes ecológicos uruguayos. En efecto, los pescadores del Atlántico nada tienen que ver con el campo, la ciudad o las orillas.

EL ESCENARIO DE LOS PESCADORES DEL ATLANTICO

En el departamento de Rocha existe una serie de islotes humanos diseminados a lo largo de la costa arenosa cuyos géneros de vida están férreamente determinados por la gravitación de la geografía. Estos grupos se hallan en La Coronilla, Punta del Diablo, Valizas y Cabo Polonio. A veces, cuando se pesca el camarón en la laguna de Rocha, aparece un campamento de pescadores en la barra de aquélla y el Océano. Pero los grupos esenciales, permanentes, son los anteriormente citados.

Los pescadores están aprisionados entre el mar y las dunas de arena. Un verdadero desierto costanero, que llega hasta los doce quilómetros de anchura, hace muy difícil la comunicación con el interior. Carritos con llantas neumáticas —uno tiene ruedas de avión— y caballos cumplen de modo precario el transporte de hombres y de cosas. También llegan, si se conocen los pasos, los *jeeps* con doble diferencial y cubiertas pantaneras. Queda, finalmente, el recurso de la prehistoria: el de la marcha a pie. Como se verá luego, la prehistoria se insinúa en otros aspectos más relevantes todavía.

El signo de estos trabajadores es, pues, el del aislamiento. Sus aldeas se hallan concentradas, como islas, a lo largo de esta costa hostil, humeante de arena durante los vientos huracanados y convertida en un cinturón ardiente en los meses de verano. Como el medio no puede brindar tierra para construir el clásico rancho nativo, la vivienda se hace con los juncos y paja brava del bañado y los varejones y horcones del lejano bosque. Techo de paja, paredes de paja, piso de arena (los hay, aunque más raros, de cemento).

Los tablones de las escotillas arrojados por los naufragios sirven para hacer las puertas y ventanas, para extraer los listones que aprietan la paja. Como es imposible la agricultura se crían gallinas o cerdos, alimentados con los restos del pescado. A veces surge un huerto minúsculo, rodeado por una vieja red o un cerco de latas y palos, para evitar la invasión de las piaras. La naturaleza —humedades, vientos, espuma de las rompientes, frío y calor, violencia de los meteoros— se muestra tal cual es a los pescadores, cuya tecnología no les permite crear microclimas apropiados para el grupo familiar o social.

LA VIDA SOCIAL

Los núcleos de pescadores comenzaron a crecer durante la segunda guerra mundial. Al cerrarse la importación de bacalao se buscó un sustituto en el charque de cazón —el tiburón vitamínico o "trompa de cristal"— y un contingente de desclasados urbanos y rurales —habitantes de Rocha, Castillos y otros pueblos, peones de estancia, pequeños agricultores— se lanzó a la aventura de la pesca, industria hasta entonces practicada por muy pocas familias conocedoras del oficio.

Los neopescadores siguen conservando los antiguos patrones de cultura terrígena, en particular los de un hirsuto individualismo. Aún no han logrado acuñar una subcultura propia, con un folklore laboral típico. En invierno visten bombachas y botas, en todas las estaciones se cubren con sombreros aludos de paisanos, y muchos domingos realizan pencas de caballos venidos de lejos. El bote se tripula como si fuera un animal de distinta categoría y el mar —la mar, le dicen— se enfrenta como a la naturaleza brava del campo —la tormenta, la creciente, la estampida de animales, el potro— a coraje puro y resignación constante.

Las uniones son de carácter endogámico. Los apellidos que se repiten en una aldea reaparecen en las otras. Sin signos visibles de un poder central o municipal que imponga normas o sanciones para la vida cotidiana, el hombre económicamente más poderoso se constituye en una especie de jefe tribal, cuya voluntad es acatada por todos.

No hay escuela —salvo la de "Los Cerros"—, no hay médico, no hay servicios públicos. Se vive casi en el neolítico, aunque con extrapolaciones

Pescadores de Rocha reparando sus artes de pesca.

suntuarias de una sociedad dual. Las comunidades padecen el primitivismo típico de los pescadores de tantas partes del mundo, cuyo atraso e ignorancia se deben a la secular explotación que padecen y al inhospitalario medio físico.

Se bebe mucho, existe pasión por el juego. Una existencia riesgosa, en una frontera detenida por el mar en su marcha centrífuga, provoca esta desorganización social que los comerciantes y los tahúres aprovechan con proverbial sentido del negocio.

Toda la familia gira en derredor de la pesca. Pero no se vive del producto alimenticio de aquélla sino de su beneficio comercial. La dieta campesina —fideos, porotos, *cangica,* hervidos de capón, asados de vaca— no ha resignado sus pautas tradicionales ante los frutos del mar. El pescado no se consume y los mariscos se desestiman. Los pescadores del Atlántico son unos desterrados por partida doble.

EL ACERVO TECNOLOGICO

Las artes de pesca son pobres y las flotillas están integradas por pequeñas embarcaciones que no van más allá de 30 quilómetros mar adentro, impulsadas por un motor fuera de borda o interno que ha sustituido los remos en la mayoría de los botes.

Viejos trasmallos de piola han sido remplazados por otros de materiales sintéticos. Pero todo es pobre, elemental. Se pesca el tiburón y no se aprecia la "carne blanca" de los inmensos cardúmenes de peces que colman la plataforma continental. Por otra parte, la carencia de cámaras frigoríficas y buenas vías de comunicación hacen imposible todo intento de conservar la carne fresca. En cambio el cazón, que se sala y seca al sol, no se corrompe y constituye, SOYP mediante, el común denominador de los afanes personales y colectivos. La faena lobera en Cabo Polonio y la de Isla de Lobos, en Maldonado, concita grandes contingentes zafrales que, una vez terminada la matanza, regresa a las aldeas con una paga prontamente gastada en el boliche y la carpeta, amén de los prostíbulos pueblerinos.

Pobreza, ignorancia, individualismo, atraso social y cultural, dilapidación inútil y desfuncionalizada de las ganancias —chucherías, motocicletas, buenas bebidas— caracterizan a estos seiscientos o setecientos uruguayos del mar cuyo coraje cotidiano y riesgosa, dura labor no sirven para liberarlos del arrinconamiento y del olvido (VIDART, 1966).



Niños de la costa atlántica frente a los secaderos de cazón.



Familia de pescadores de Punta del Diablo.

CONCLUSIONES

La galería de tipos humanos del campo y la ciudad esquematizada en las páginas anteriores permite que se extraigan dos órdenes de conclusiones.

En primer lugar, es necesario afinar el estudio sistemático de nuestra tipología sociocultural con instrumentos idóneos: historias de vida, análisis de casos, recopilaciones de fuentes, monografías sobre uno o varios tipos. Una antología valiosa, a la cual hemos recurrido más de una vez es la del profesor WETTSTEIN, 1968. Hay que insistir, pues, en este camino, con metodologías y técnicas adecuadas.

En segundo lugar, se habrá podido advertir que los tipos humanos más nítidamente destacables son los que forman parte del sector más desamparado de la población uruguaya. Cada tipología responde a una distinta estrategia para esquivar la necesidad o la miseria. Los pintorescos por sus ropas, modales o concepciones del mundo, los que se distinguen de la grisalla común con el color local que encanta a los turistas, son en definitiva los pobres, los tributarios del rebusque y del conchabo, los integrantes del menesteroso mundo del subdesarrollo, ése que dura en lugar de vivir.

Es deseable que esta afrentosa, cotidiana realidad, sea transformada para que los homotipos del bienestar colectivo y la plena realización individual sustituyan —al leve precio de la pérdida de originalidad folklórica— la lamentable tipología de la supervivencia y la alienación descrita en este estudio preliminar sobre el tema.

BIBLIOGRAFIA

ACEVEDO DÍAZ, Eduardo: **Silvestre y Basilio.** El Nacional, 16 de noviembre. Montevideo, 1895.
ARRAYAGARAY, Lucas: **La anarquía argentina y el caudillismo.** B. Aires, 1925.
AZARA, Félix de: **Descripción e Historia del Paraguay.** Madrid, 1847.
BARREIRO, Julio: **Vivientes de un Cantegril.** Época, 6 de nov. Montevideo, 1964.
BON ESPASANDÍN, Mario: **Cantegriles.** Montevideo, 1963.
CONI, Emilio: **El gaucho.** B. Aires, 1945.
COROMINAS, Joan: **Breve diccionario etimológico de la lengua castellana.** Madrid, 1961.
DE MARÍA, Isidoro: **Montevideo antiguo.** Montevideo, 1957.
ECHAGÜE, Pedro Julio: **Sobre el gaucho.** Atlántida, mes de julio. B. Aires, 1943.
ERASMUS, Charles: **Las dimensiones de la cultura.** Bogotá, 1953.
FERRATER MORA, José: **Diccionario de filosofía** (5ª ed.; 2ª reimpresión). B. Aires, 1968.
FOULQUIÉ, Paul: **Diccionario del lenguaje filosófico.** Barcelona, 1967.
GARCÍA, Julián: **Milongas de un gaucho pobre.** Montevideo, 1958.
GURVITCH, Georges: **La vocation actuelle de la sociologie** (3ª ed.). París, 1963.
HERSCOVITS, Melville J.: **El hombre y sus obras.** México, 1952.
HOEBEL, A. Adamson: **El hombre en el mundo primitivo.** Barcelona, 1961.
KLUCKHOHON, Clyde y KELLY, William: **The concept of culture.** The Science of Man in the World Crisis. New York, 1945.
LALANDE, André: **Vocabulaire technique et critique de la philosophie** (6ª ed.). París, 1951.
LASTARRIA, Miguel: **Memoria sobre las Colonias Orientales del Río Paraguay o de la Plata.** (Siglo XVIII in fine.) Documentos para la Historia Argentina, Tomo III. B. Aires, 1914.
LE SENNE, René: **Traité de caracterologie.** París, 1945.
MOROSOLI, Juan José: **El siete oficios.** Marcha, Nº 39. Montevideo, 1940.
PIÉRON, Henri: **Lexicón de Psicología.** B. Aires, 1957.
RODRÍGUEZ CASTILLO, Osiris: **Cantos del norte y del sur.** Montevideo, 1963.
RODRÍGUEZ, Julio: **La montonera y sus caudillos.** Enciclopedia Uruguaya Nº 13. Montevideo, 1968.
ROSSIELLO, Julio (Pangloss): **Con los lentes rotos.** Montevideo, 1968.
SALA, L.; RODRÍGUEZ, J.; DE LA TORRE, N.: **Evolución económica de la Banda Oriental.** Montevideo. 1967.
SCHREIDER, Eugenio: **Los tipos humanos** (2ª ed.). México, 1950.
SPRANGER, Eduardo: **Formas de vida** (4ª ed.). Madrid, 1954.
VIDART, Daniel: **La vida rural uruguaya,** Montevideo, 1955; **Sociología rural,** Barcelona, 1960; **Los pescadores del Atlántico.** Gaceta de la Universidad Nº 40, Montevideo, 1966; **Caballos y jinetes,** Montevideo, 1967 a; **El gaucho.** Enciclopedia uruguaya Nº 7, Montevideo, 1967 b; **El tango y su mundo,** Montevideo, 1967 c.
WECHNIAKOFF, M.: **Typologie anthropologique.** Revue Universitaire de Bruxelles. Bruselas, 1897.
WETTSTEIN, Germán: **Nuestra Tierra, II** - Los hombres. Montevideo, 1968.

PLAN DE LA OBRA

(Continuación)

Y UN VOLUMEN FUERA DE SERIE: **EL TURISMO**, QUE APARECERÁ DESPUÉS DE LOS 25 PRIMEROS.

LOS EDITORES PODRÁN, SIN PREVIO AVISO, SUSTITUIR CUALQUIERA DE LOS TÍTULOS ANUNCIADOS O ALTERAR EL ORDEN DE SU APARICIÓN

EL MARTES DE LA SEMANA PROXIMA APARECE EL VOLUMEN:

AVES DEL URUGUAY

JUAN P. CUELLO

PLAN DE LA OBRA

1. EL URUGUAY INDÍGENA
Renzo Pi Hugarte
2. EL BORDE DEL MAR
Miguel A. Klappenbach - Víctor Scarabino
3. RELIEVE Y COSTAS
Jorge Chebataroff
4. EL MOVIMIENTO SINDICAL
Germán D'Elía
5. MAMÍFEROS AUTÓCTONOS
Rodolfo V. Talice
6. IDEAS Y FORMAS EN LA ARQUITECTURA NACIONAL
Aurelio Lucchini
7. EL SISTEMA EDUCATIVO Y LA SITUACIÓN NACIONAL
Mario H. Otero
8. TIEMPO Y CLIMA
Sebastián Vieira
9. IDEOLOGÍAS POLÍTICAS Y FILOSOFÍA
Jesús C. Guiral
10. RECURSOS MINERALES DEL URUGUAY
Jorge Bossi
11. ANFIBIOS Y REPTILES
M. A. Klappenbach y B. Orejas-Miranda
12. TIPOS HUMANOS DEL CAMPO Y LA CIUDAD
Daniel Vidart

AVES DEL URUGUAY
Juan P. Cuello
LA SOCIEDAD URBANA
Horacio Martorelli
INSECTOS Y ARÁCNIDOS
Carlos S. Carbonell
LA SOCIEDAD RURAL
Germán Wettstein - Juan Rudolf
EL DESARROLLO AGROPECUARIO
Antonio Pérez García
HISTORIA DE NUESTRO SUBSUELO
Rodolfo Méndez Alzola
EL COMERCIO INTERNACIONAL Y LOS PROBLEMAS MONETARIOS
Samuel Lichtenstejn
PLANTAS HERBÁCEAS
Osvaldo del Puerto
EL FOLKLORE INFANTIL
Lauro Ayestarán
LA ECONOMÍA DEL URUGUAY ACTUAL
Instituto de Economía
EL LENGUAJE DE LOS URUGUAYOS
Horacio de Marsilio
EL SECTOR INDUSTRIAL
Juan J. Anichini